

ANT-XXX-2130(4)

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL

—————▶▶▶▶▶◉◂◃◄◅◆◇◈◉◊○◌◍◎●◐◑◒◓◔◕◖◗◘◙◚◛◜◝◞◟◠◡◢◣◤◥◦◧◨◩◪◫◬◭◮◯◰◱◲◳◴◵◶◷◸◹◺◻◼◽◾◿◠◡◢◣◤◥◦◧◨◩◪◫◬◭◮◯◰◱◲◳◴◵◶◷◸◹◺◻◼◽◾◿

LA ESPAÑA DRAMATICA.

—————◉◊○◌◍◎●◐◑◒◓◔◕◖◗◘◙◚◛◜◝◞◟◠◡◢◣◤◥◦◧◨◩◪◫◬◭◮◯◰◱◲◳◴◵◶◷◸◹◺◻◼◽◾◿

COLECCION DE OBRAS

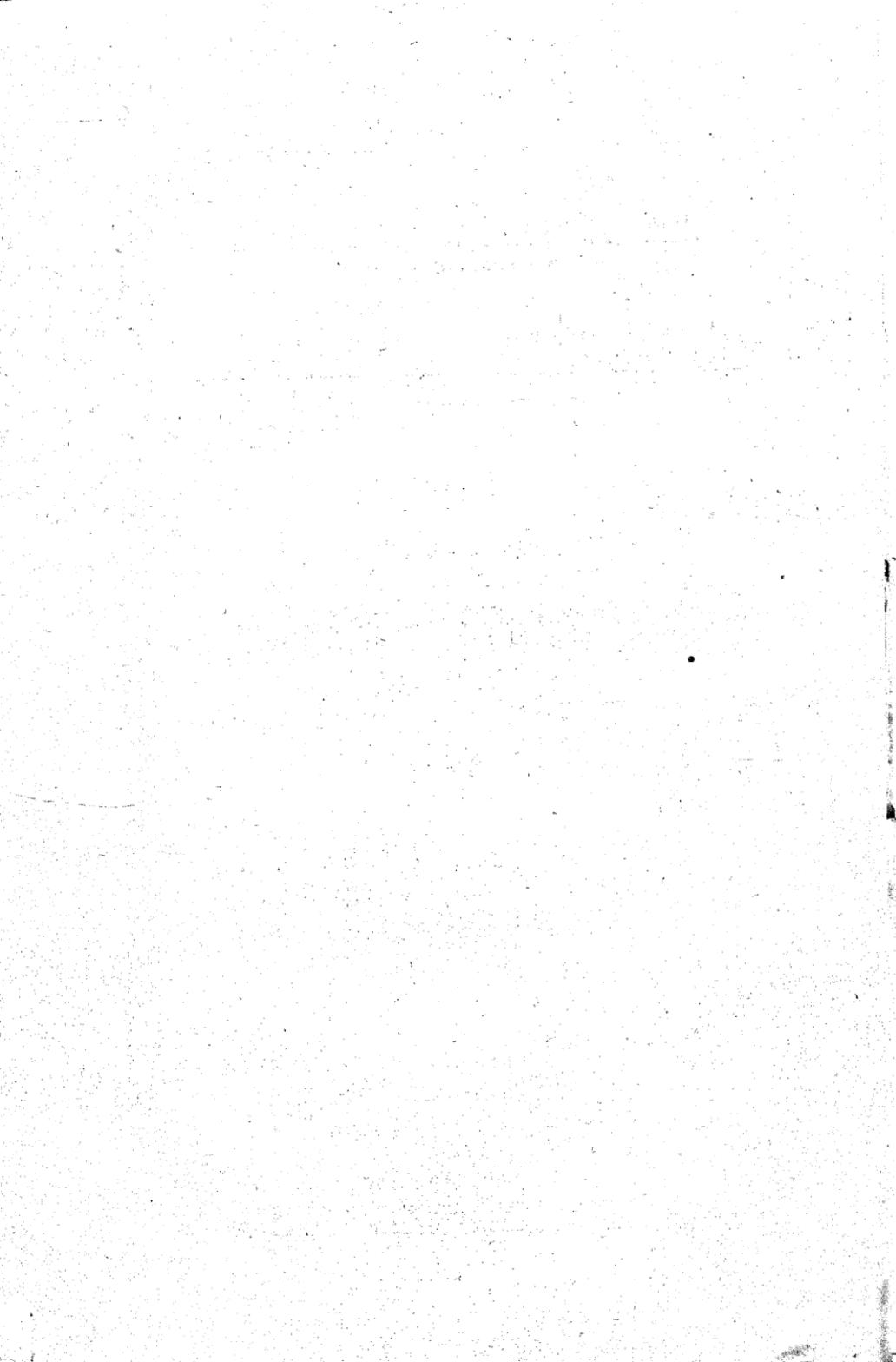
REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID : 1851.

Imprenta á cargo de C. Gonzalez.
RUIO, n. 14.



R. 52.779

LA CONDESA DE EGMONT,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA EN FRANCES

Por los Sres. Ancelet y Decomberousse,

Y ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL POR

D. RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA

X

DON LAUREANO SANCHEZ GARAY.

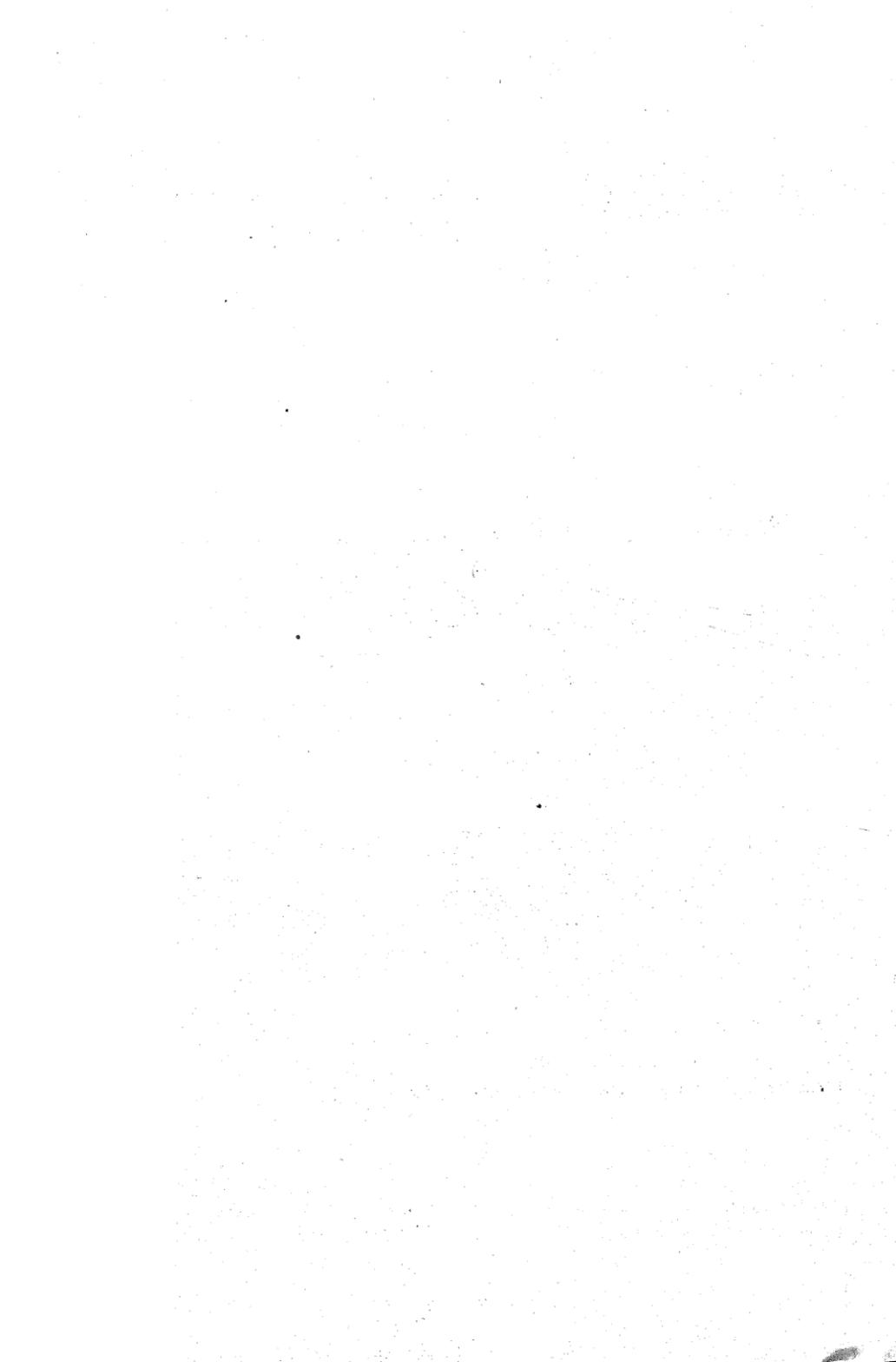


26. ° 168.

MADRID—1851.

IMPRESA A CARGO DE G. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N. ° 14.





Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó la represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAGES.

ACTORES.

LA CONDESA DE EGMONT.	DOÑA ANA VALENTIN.
LA DUQUESA DE BRIONES.	DOÑA JOAQUINA AYTA.
RENAUD, <i>dependiente del comercio.</i>	DON RAFAEL FARRO.
EL MARQUÉS DE TAVANNES.	DON BERNARDO LORENS.
EL DUQUE DE RICHELIEU.	DON FERNANDO NAVARRO.
LEDRÚ, <i>amigo de Renaud.</i>	DON ANTONIO HERNANDEZ.
EL MÉDICO.	DON JOSÉ VIVANCOS.
EL LOQUERO.	DON PEDRO MORENO.

CABALLEROS, PAJES, UGIERES, LOCOS.

La escena pasa en París, en 1764. Reinado de Luis XV.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el jardín del Palacio Real, tal como estaba en 1764, con sus grandes árboles, sus olmedillas etc. etc. Un bosque á la derecha y otro á la izquierda con mesa, sillas etc.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA DE EGMONT. Despues TAVANNES.

(Multitud de paseantes atraviesa el teatro. El dia está á punto de espirar. Madama de Egmont llega á su vez vestida de griseta de la época, y oculto el rostro con el capuchon del mantó. Se vuelve repetidas veces y mira detras de sí como una persona que teme ser seguida: por último pasa por delante de Tavannes, que entra por el otro lado y se detiene siguiéndola con la vista. Al fin desaparece entre los árboles.)

TAVAN. *(Examinándola de lejos.)* Es cosa singular!... Quanto mas la examino, mas me parece... Esos rumores de salidas misteriosas... y de disfraces serán por ventura ciertos?... Oh! Es exactamente su talle y su modo de andar!... O me engaño mucho, ó ese traje

sencillo de modista encubre á una alta y poderosa dama... Pero qué es lo que esto significa?... Adónde vá y con qué objeto?... Hace ocho días que inútilmente me presento en la morada de la condesa... siempre me dicen. «No hay nadie!...» Será esta una astucia para que crezca mi amor, ó acaso otro sentimiento esclusivo habrá sustituido al que yo inspiré y el cual me juró que duraría eternamente? Oh! Por vuestro lindos ojos que seria esto algo precipitado, bella dama; y en mi familia la palabra *siempre* dura mas de una semana.

ESCENA II.

RICHELIEU. TAVANNES.

(*Richelieu entra muy sofocado y dá un golpe en la espalda á Tavannes.*)

RICHELI. Buenos dias, Tavannes.

TAVAN. (*Inclinándose.*) Señor mariscal...

RICHELI. La habeis visto?...

TAVAN. A quién?

RICHELI. A una jóven á quien persigo hace un cuarto de hora; una muchacha con un talle...

TAVAN. (*Aparte.*) Será ella?...

RICHELI. Su traje es de modista, y la mantilla negra... sumamente sencilla.

TAVAN. (*Aparte.*) No hay duda!...

RICHELI. Si ha pasado por aqui os habrá chocado. Yo he corrido tras ella cuanto he podido, pero... zas! Ligera como una mariposa desapareció... siéndome imposible seguirla... y como ya no cuento con mis piernas de veinte años...

TAVAN. (*Aparte.*) Si será su hija? (*Alto.*) Efectivamente, he visto pasar á la persona que me acabais de bosquejar.

RICHELI. (*Con ansiedad.*) De veras?

TAVAN. Sí; pero será difícil incorporaros con ella.

RICHELI. Ah! diablo!... Tanto peor, porque, os confiaré en secreto, que mi curiosidad tiene un doble motivo.

- Primeramente, el modo de andar me ha dado ganas de verla el rostro; despues el talle me ha hecho pensar que podría ser una de nuestras muchas marquesas y duquesas, que andan á caza de aventuras.
- TAVAN. Pues qué!... Creeríais?...
- RICHELI. (*Interrumpiéndole.*) Que saben dar con un jóven buen mozo, bajo el traje de un aldeano, lo mismo que bajo el de un duque; para lo cual solo necesitan dos ojos, y estas damas, mi querido amigo, los tienen escelentes.
- TAVAN. (*Aparte.*) Cuanto está diciendo aumenta en mí el deseo de esclarecer mis sospechas.
- RICHELI. Y vos, que finjis haceros cruces de cuanto os estoy diciendo, no habeis nunca hecho la corte á alguna belleza de mostrador?...
- TAVAN. (*Con presuncion.*) Oh! señor duque, todos hemos sido jóvenes, y...
- RICHELI. Pues ya veis entonces, que aunque no sea mas que por desquitarse, nuestras damas deben de vez en cuando recobrar el goce de los privilegios que con tanta frecuencia las hemos robado... y esto es precisamente lo que ellas hacen.
- TAVAN. Teneis razon; esas damas se divierten muchas veces en proporcionarnos estraños rivales.
- RICHELI. Que por lo comun nos ponen en ridiculo.
- TAVAN. (*Despues de un momento de reflexion.*) Señor mariscal de Richelieu, habeis amado con verdad alguna vez?
- RICHELI. Veinte, cuando menos.
- TAVAN. Y no os han engañado ninguna?
- RICHELI. Las mas de ellas.
- TAVAN. Y os habeis vengado?
- RICHELI. Jamás! Ahora solo queria tomar una revancha sin intencion, por supuesto...

ESCENA III.

Los mismos. RENAUD. LEDRÚ.

(*Richelieu y Tavannes se pasean hablando. Renaud y Ledrú entran precipitadamente en escena.*)

RENAUD. (*A Ledrú.*) Gracias á Dios que llegamos! (*Mirando.*) No está todavia... y no obstante, es la hora que me dijo... Miedo tenia de llegar tarde.

- LEDRU. Cuando uno está enamorado las horas le parecen minutos!... Sospecho que abrigas el recelo de perder tu apuesta.
- RENAUD. (*Sin oírle.*) Este es el sitio... (*A Ledrú.*) Es preciso que te vayas en cuanto venga, porque si me viese con alguien podría asustarse.
- LEDRU. Asustarse!... Asustarse una dama que, según me has contado, te ha ido á buscar y te ha dado... tantas pruebas *orales* de afecto? Como no te asustes tú, lo lo que es ella...
- RENAUD. Ay Dios mio... si no viniese!...
- LEDRU. Ganaría yo un luis nuevecito.
- RENAUD. Dos te daría yo con tal de que cumpliese su palabra.
- LEDRU. Así debes creerlo cuando has apostado conmigo. (*Aparte.*) Pobre simplon! Como es su primer amor parece un pájaro atontado! (*Se vuelve y vé á Richelieu que continúa paseándose y hablando con Tavannes. Dá con el codo á Renaud.*) Renaud! Renaud! Mira allí!
- RENAUD. Eh?... Es ella?
- LEDRU. Dale con ella!... Ves aquel gran señor? Pues es el mismo por quien se ha concedido á nuestra tienda la provision de telas del teatro de la Comedia Francesa... El duque de Richelieu.
- RENAUD. El mas viejo?
- LEDRU. Sí; es un buen señor que me ha proporcionado la ocasion de llevar telas á las actrices.
- RENAUD. Ah! yo conozco al otro! Es mi protector.
- LEDRU. El marqués de Tavannes! El señor de tu pueblo, y á quien debes el haber entrado en mi tienda?
- RENAUD. El mismo.
- TAVAN. (*Viendo á Renaud.*) Hola! Eres tú, Renaud?
- RICHELL. (*Viendo á Ledrú.*) Bravo! Tú por aquí, Ledrú?
- RENAUD. } (*Juntos se inclinan profundamente y dice el uno á*
LEDRU. } *Richelieu y otro á Tavannes.*) Monseñor...
- RICHELL. (*A Ledrú.*) Qué es lo que vienes á hacer por aquí dejando la obligación?
- LEDRU. (*Con aire de confianza.*) Si no soy yo, señor duque, el que tiene el trapicheo...
- TAVAN. Entonces... eres tú, Renaud?...
- RENAUD. (*Turbado.*) Señor marqués...
- RICHELL. Y qué trapicheo es ese?
- LEDRU. (*A media voz.*) Un amorcillo de poco mas ó menos...

- RENAUD. (*Tirándole del vestido.*) Hablador!
- LEDRU. Vaya! Y por qué soy hablador?
- RICHELI. En verdad que por la clase de asunto que es, me interesa ya mucho.
- LEDRU. Si señor... sabreis que...
- RENAUD. (*Con el mismo juego.*) Quieres callarte? Quién te pide?...
- LEDRU. Déjame que lo diga, puesto que con ello divertimos al señor duque...
- RICHELI. Oh! somos gente discreta.
- LEDRU. Pues sabreis que...
- RENAUD. (*Interrumpiéndole y colocándose entre él y Tavannes.*) Me resuelvo á contarlo yo, que lo haré mejor que tú, puesto que es á mi á quien ha sucedido el lance.
- TAVAN. Sí... sí... ya estamos... cuenta y nos divertiremos.
- RENAUD. Pero, señor marqués...
- RICHELI. Qué es lo que temes de nosotros?... Te daremos buenos consejos.
- RENAUD. Pues habeis de saber, señor duque, que estando muy tranquilamente midiendo satin en mi tienda de la calle de San Martin, vi entrar, toda conmovida, á una jóven á quien un carruaje habia obligado á guarecerse en nuestro almacen. Su traje era muy sencillo, y cubria su cabeza una mantilla negra.
- TAVAN. (*Aparte.*) Una mantilla negra! Será ella?
- RICHELI. (*Aparte.*) Qué coincidencia! (*Tavannes presta una atencion muy marcada á lo que resta del relato de Renaud.*)
- RENAUD. Desde que entró, ya no vieron mis ojos mas que á ella, y media el satin sin saber lo que me hacia. Para no molestaros os diré, que ella me miró tambien de un modo... qué mirada; Dios mio! Me abochorné, y me puse mas encendido que una grana... No obstante, me atreví á mirarla muchas veces, y cuando salió fui el designado para llevarla despues á su casa todo lo que habia comprado, dejándome al efecto una tarjeta.
- RICHELI. Hola! Hola! Parece que la picarilla consideró al mancebo como parte integrante de la compra!
- TAVAN. (*Con emocion.*) Y supongo que su casa era un magnífico palacio, soberbiamente ataviado?
- LEDRU. No señor; ni pensarlo siquiera.
- RENAUD. Vivía en la calle de Tiquetonne, piso tercero.
- RICHELI. (*Riendo.*) Famoso chasco!
- RENAUD. Y estaba con otro traje; mas á pesar de ser muy sencillo me pareció la jóven mas linda de todo el universo! Tenia en el dedo un diamante...

- LEDRU. Como un huevo de dos yemas!
- RICHELI. (*Aparte á Tavannes.*) Me parece que esta relacion tiene mucho que ver con la jóven á quien buscamos!
- TAVAN. (*Idem.*) Por supuesto! (*Alto.*) Prosigue, prosigue!
- RENAUD. Una vez allí, me encontré como enajenado y no supe qué hacer...
- RICHELI. Torpe!
- TAVAN. Ignorante!
- RENAUD. Ella me miró con una sonrisa!... Pero habia en toda su persona un cierto aire, una dignidad, que me inspiraron respeto.
- RICHELI. Nueva torpeza!
- RENAUD. Y cuando me hizo señas de que me sentase, me la figuré una princesa dando órdenes.
- RICHELI. Muy bien! muy bien! Pero la princesa se humaniza, el señor Renaud recobra su valor, y...
- RENAUD. Y todo asustado por haberme atrevido á besarla...
- RICHELI. Ah!
- TAVAN. Oh!
- LEDRU. Una mano! Pues qué creiais?...
- RENAUD. Caigo á sus piés, la pido perdon, y echo á huir sin haber obtenido otra cosa.
- RICHELI. Já! já!... Pobre jóven!
- LEDRU. Yo en su lugar... Ya!... ya!...
- TAVAN. Y no hay mas?
- LEDRU. Si señor; volvió á la tienda al dia siguiente.
- RICHELI. (*Riendo.*) Aprieta! Eso es lo que se llama una voluntad resuelta.
- LEDRU. Y Renaud tornó á llevar las compras.
- RICHELI. Bravo! Y al fin obtiene?...
- RENAUD. (*Transportado.*) Una cita!!!
- RICHELI. Solamente?
- LEDRU. Si este muchacho es tonto!
- RENAUD. Pero dada con tanta gracia!... con tanta gentileza, que me volví loco de amor!
- RICHELI. Un loco simple que no pierde la razon.
- RENAUD. Como ella lo ordenaba...
- RICHELI. Buena razon... á tu edad... (*Bajo á Tavannes.*) Sorberbio bocado!
- TAVAN. (*Idem.*) No es malo!
- RENAUD. Pero no sucederá así en adelante! Estoy resuelto á tener valor.
- TAVAN. (*Preocupado.*) Y para realizarlo has venido... aquí... esta noche?

- RICHELI. (*Aparte.*) Con qué entusiasmo se entera Tavannes!... Si querrá soplarle la dama á este simplon?
- LEDRU. Si señor, pero me parece que se queda con un palmo de narices!
- TAVAN. (*Aparte.*) Así lo espero! (*Alto.*) Vaya, adios, Renaud, y buena fortuna!
- RICHELI. (*Aparte.*) Qué prisa le ha entrado á Tavannes!
- RENAUD. Supongo que no revelareis nada de esto, señor marqués?
- TAVAN. Quita allá, muchacho! No faltaba otra cosa!
- RICHELI. (*Aparte.*) (Mas divertido seria si yo, viejo ya en el oficio, soprase la dama á los dos!... Allá veremos!) (*A Ledrú.*) Ledrú, no olvides que para arreglar tus géneros de la Comedia Francesa es preciso que vayas á Versailles... Ya te enviaré un permiso.
- LEDRU. No faltaré, señor duque. Casualmente me muero por ver el palacio y la córte.
- RICHELI. Hasta otra vez, amiguitos... Valor y fortuna! (*Saliendo con Tavannes.*) No es verdad, Tavannes, que de los inocentes es el reino de los cielos? Já! já! já!
- TAVAN. Já! já! já!

ESCENA IV.

RENAUD. LEDRÚ.

- RENAUD. Qué necesidad tenias de obligarme á contar esto?
- LEDRU. Y qué es lo que has perdido?
- RENAUD. Que quizás el marqués escriba á mi padre que me he pervertido, yo que hasta ahora tengo fama en la calle de San Martín por la pureza de mis costumbres.
- LEDRU. Tu padre se hará cargo de que París no es un pueblo.
- RENAUD. Ah! cuánto valor se necesita para estar frente á frente de una criatura tan celestial como ella.
- LEDRU. Pues me parece que la criatura celestial se ha volado al cielo... y que la esperas en valde.
- RENAUD. (*Volviéndose.*) Ah! Mírala! Mírala allí!
- LEDRU. Y es verdad!
- RENAUD. Oh! cómo me late el corazón!... Vete, vete, Ledrú! Ya no me haces falta.
- LEDRU. Ni quiero tampoco! Que te diviertas mucho, Renaud!

RENAUD. No te detengas!
LEDRU. Ya te pagaré la apuesta.
RENAUD. Vete! Te la perdono!
LEDRU. Adios!... Del mal el menos. (*Ledru sale.*)

ESCENA V.

RENAUD. LA CONDESA DE EGMONT.

RENAUD. (*Aparte.*) Echemos el miedo á un lado!... Pues no estoy temblando como un chiquillo!
CONDES. (*Aparte.*) Tan cobarde como siempre!... Y es tan puntual como agraciado!
RENAUD. (*Aparte.*) No sé lo que siento cuando la veo. Siento así... una revolucion!... (*La condesa se acerca: Renaud se dirige á ella.*) Sois vos, señora?... Crei que ya no vendriais... Y si sois vos... qué felicidad para mí...! Sois vos? (*Ella alza el capuchon.*) Ah! el cielo mismo!... Si viérais qué miedo tenia de que no fuéseis, porque como las mujeres prometen mucho y cumplen poco...
CONDES. En dónde os han inspirado semejantes ideas?
RENAUD. (*Timidamente.*) En la tienda, señora.
CONDES. Pues en la tienda se equivocan... Las mujeres cumplen su palabra cuando quieren cumplirla. Ya veis como he venido.
RENAUD. Y os agradará hallarme tan alegre, tan feliz... tan enamorado!...
CONDES. Paso!... paso, amigo mio!
RENAUD. Os advierto que vengo muy decidido á amaros mucho, y á no ser tan discreto como las veces anteriores.
CONDES. Y si os volveis loco de amor?
RENAUD. Ya lo estoy, señora... y mas quiero ser loco con vos, que poco resuelto.
CONDES. (*Riéndose.*) Ah! en un justo medio consiste lo mejor!... Pero acercaos, que no es posible hablar desde tan lejos... Teneis la costumbre de ser tan tímido con todas las mujeres?
RENAUD. Oh! no señora... pero con vos... es diferente... hay en vos un no sé qué, que me contiene... que me impone.
CONDES. Qué os impone?... Os doy miedo, quizás?

RENAUD. Miedo? No señora!... Pero como todos... todos en la tienda han adivinado lo que sois... y...

CONDES. (*Aparte.*) Destruyamos las sospechas y conozcámosle á fondo. (*Atto.*) Conque es decir que me queréis por vanidad?... El señor Renaud se habrá figurado que ha hecho la conquista de una princesa ó de una marquesa, cuando menos?... Já! já! já!... Creyendo en los cuentos de hadas esperáis, sin duda, verme ir un día á vuestra tienda en un coche de cuatro caballos, apearme, cojeros del brazo y llevaros á mi palacio para haceros partícipe de mi fortuna y de mi poder, despues de haberos alcanzado, del rey Luis XV, título y nobleza? Já! já! já!

RENAUD. Sí... sí... burlaos de mí... señora... jugad conmigo... Pero no podreis evitar que diga que no os pareceis en nada á nuestras jóvenes menestralas.

CONDES. Ya lo creo!... Siempre hay alguna diferencia entre una menestrala y la camarera de una marquesa.

RENAUD. Camarera?... No me engañeis, señora?... Conque solamente sois una camarera?

CONDES. Pues qué pensábais?...

RENAUD. Y sin embargo... cualquiera diria que no... con ese aire... Copiais tan bien á vuestra señora...

CONDES. La costumbre de verla!... La copio sin quererlo... naturalmente.

RENAUD. Y yo que creía que mi figura y mis maneras habian hecho furor en el gran mundo; que habia conquistado á una gran señora!... No obstante, sois muy linda, y me convenzo de que esto es lo mejor en las damas... Y sabéis, señora camarera, que me la habeis pegado soberbiamente!... Ya se vé!... Como os creía otra cosa no me atrevia á nada.

CONDES. (*Aparte.*) Cómo se anima!

RENAUD. Pero ya puedo deciros todo lo que pienso... ya puedo daros un abrazo!...

CONDES. Pues no os entusiasmais poco pronto!—Paso, que para el capitulo de los abrazos quiero ser á vuestro ojos, no la camarera, sino la gran señora.

RENAUD. Como gustéis! (*Aparte.*) En poniéndose sería, soy hombre al agua!

CONDES. Qué elegante venis!... Estais muy bien! Y supongo que habré yo sido la causa...

RENAUD. Quién si no vos habia de ser, señora?

CONDES. Os sienta ese traje á las mil maravillas!

RENAUD. Es el que tengo para los domingos.

- CONDES. Ya lo creo!... Como pensábais que era una gran señora...
- RENAUD. No hablemos mas de ello. Qué valor hubiera yo tenido con una marquesa, cuando de tan poco dispongo con una camarera?... Con mi Enriqueta... Porque os llamais Enriqueta, no es verdad?
- CONDES. Sí... Enriqueta es mi nombre.
- RENAUD. Y el mio Antonio... Qué nombres tan bonitos tenemos!... Pero, qué distraido soy... Habreis venido muy de prisa y no os brindo con ningun refresco. Comeremos alguna cosa.
- CONDES. Bueno... pero en dónde hemos de comer?
- RENAUD. (*Indicando el bosquecillo de la izquierda del actor.*) En ese bosque.
- CONDES. (*Aparte.*) Ya empezamos con los bosques!... (*Alto.*) Pero... al aire libre... en medio de un jardin público?... (*Aparte.*) A decir verdad la noche se acerca y nadie puede conocer bajo este traje á la condesa de Egmont.
- RENAUD. Si quereis que vayamos...
- CONDES. No, no; teneis razon, aquí estaremos mas divertidos. (*Aparte.*) Y la locura será completa.
- RENAUD. Mozo! Mozo!
- CONDES. (*Aparte.*) Nada tiene de raro que la hija de un Richelieu, coma en el jardin de un Orleans.
- RENAUD. (*Al mozo.*) Traed todo lo mejor que tengais... y vino de Champagne.
- CONDES. Hola! Sois aficionado al Champagne?... Os vais á arruinar por mí!
- RENAUD. (*Confidencialmente.*) Dicen que el Champagne produce unos efectos atroces... que inspira unas ideas muy alegres... muy activas... Yo por mí en la vida lo he gustado... pero creo que este momento es el mejor para hacer la prueba.
- CONDES. Me parece... que no teneis necesidad de él.
- RENAUD. Es... porque hay otra cosa, que mucho mejor que el Champagne me embriaga el alma...
- CONDES. Y cuál es?
- RENAUD. Unos ojos como los vuestros... una voz de vuestro timbre.. un talle con vuestros encantos!
- CONDES. (*Riendo.*) Bravo!... muy bien! Si seguís de ese modo, no sé á donde vamos á parar. (*Aparte.*) Y tiene unos ojos muy graciosos!
- RENAUD. (*Llevándosela.*) Venid á sentaros junto á mí... y me enseñareis á ser amable. Oh! Vereis qué buenas disposiciones tengo!

- CONDES. (*Aparte.*) El muchacho promete! (*Se colocan en el bosquecillo; el mozo ha servido y se ha retirado.*)
- RENAUD. Qué felicidad el verse aquí junto á vos... sin pensar en nada.
- CONDES. (*Aparte.*) Casi tengo ya miedo!
- RENAUD. Acercaos mas á mí!
- CONDES. Caballero Renaud... la primera leccion es... talento y obediencia.
- RENAUD. (*Abrazándola.*) Teneis razon.
- CONDES. (*Aparte.*) Me parece que entiene las lecciones del modo que se las dan. (*Alto.*) Y si me obedecéis, os diré el modo de llegar á ser un caballero perfecto.
- RENAUD. De veras?... Entonces van á morirse por mí todas las jóvenes de mi barrio.
- CONDES. Os advierto que soy muy celosa y que no quiero que os caseis.
- RENAUD. De veras?
- CONDES. Supongo que habreis hecho ya muchas víctimas?
- RENAUD. No señora... Palabra de honor; vos sois la primera.
- CONDES. (*Riendo.*) Já! já! Conque yo soy la primera?
- RENAUD. (*Animándose.*) Y por eso es muy difícil esplicaros cuanto os adoro! Ah! Sois tan bella que no hay una modista en todo mi barrio que pueda compararse con vos!
- CONDES. Me estais adulando!
- RENAUD. Como me llamo Antonio!
- CONDES. (*Aparte.*) Para que un duque me dijera esta galanteria. (*Alto.*) Conque es decir que os gusto alguna cosa?
- RENAUD. Alguna cosa! Si lo que tengo por vos es un delirio, un enajenamiento!!!... Delante de vos estoy... en éxtasis!!
- CONDES. Qué entusiasmo! Mirad que estais apurando el diccionario de la galanteria, y puedo juraros que nunca ha oido mi señora unas espresiones tan dulces. Si continuais de ese modo, nada tengo que enseñaros.
- RENAUD. Oh! sí! Porque basta ahora solamente sé que sois divina, que vuestras miradas seducen, que vuestro talento es incomparable, que vuestro talle es aéreo...
- CONDES. Y sabeis demasiado.
- RENAUD. (*Animándose.*) Pero además quisiera saber... (*Arrodillándose.*)
- CONDES. Por mi parte sé tambien que es harto peligroso oír un lenguaje tan dulce, y que los juramentos de prudencia de un amante que está á nuestros piés, frecuentemente se los lleva el aire.

- RENAUD. No seais tan desdenosa.
CONDES. Para castigaros, quedaos de rodillas.
RENAUD. (*Besándola la mano.*) Toda la vida! (*Tristemente.*) Ah! no podrá ser toda la vida... porque vuestro cargo de camarera...
CONDES. Mi cargo de camarera me deja libre cuantas horas quiero.
RENAUD. Pues no es mal acomodado!... Entonces iremos juntos á los bailes, á los paseos, á los teatros; sí, á los teatros, en donde los reyes se casan con las pastoras y las pastoras...
CONDES. Guardan sus rebaños.
RENAUD. (*Riendo.*) Y sus zuecos!—Tambien quiero ir á veros á vuestra casa.
CONDES. Qué disparate!... Qué necesidad hay de que nadie sepa?... El misterio es la felicidad del amor.
RENAUD. Oh! Una idea! No os llamis la señorita Enriqueta?
CONDES. Sin duda.
RENAUD. Siendo señorita no sois ni casada, ni viuda... ni... Sois soltera, y puedo casarme con vos.
CONDES. (*Con una gran carcajada.*) Já!... já!... Casarse conmigo! Qué idea mas diabólica!... Yo la señora Renaud!
RENAUD. No creo que mi apellido sea tan risueño.
CONDES. Es verdad; pero yo no sé si mi fortuna convendria á vuestros parientes.
RENAUD. (*Exaltado.*) Y qué me importan á mi vuestra fortuna y mis parientes? Mi padre dirá lo que quiera, y mi madre tambien... y los dos se quedarán iguales! Yo no veo mas que á vos, no quiero mas que á vos! Es preciso que seais mi mujer, mi idolatría, mi divinidad; y yo el mas afortunado de los esposos!!
CONDES. (*Aparte.*) Pues el niño no se anda con rodeos! (*Alto.*) Vamos, vamos, calmaos un poco. (*Haciéndole sentar junto á ella.*) Sentaos aqui, y puesto que os obstinais en ello, convengamos en los artículos del contrato. (*Continúan hablando.*)

ESCENA VI.

TAVANNES. LA CONDESA DE EGMONT. RENAUD *en el bosque.*

TAVAN. Ya es de noche y me temo que...—Cuanto he tenido que trabajar para librarme de ese posma de mariscal! Me ha llevado hasta la casa de Mr. de Guéméné; y que quieras que no, me ha hecho jugar sin dejarme hasta que me vió bien enfrascado!... Cualquiera diría que llevaba en ello alguna intencion... (*Renaud lanza una fuerte carcajada.*) Hola! Hay gente en el bosque!... (*Se acerca y mira.*) Son Renaud y su dama! Voy á asegurarme bien... (*Mira con atencion, apartando las ramas.*) Es imposible ver ni oír... hablan tan bajo... (*Paseándose con agitacion.*) Es decir, noble dama, que os divertís á mis espensas sacrificándome al hijo de un colono, á un miserable tenderillo?... No os reireis impunemente! (*Vuelve al bosque mirando con atencion.*) Pierdo el tiempo... no veo nada... Pero me resta un medio... Escelente idea!... Vais á permitirme, señora, que participe vuestros deseos á mis amigos y conocidos, y para que, como á mí, no les quede duda alguna, voy al momento á reunirlos y á traéroslos aquí con hachones encendidos. (*Suelta con estrepito las ramas y sale.*)

CONDES. (*Inquieta.*) Ah!... Alguien nos espía!... Veamos!...

RENAUD. (*Saliendo y viendo á Tavannes que se aleja.*) No os alarmeis... es el marqués de Tavannes.

CONDES. (*Aparte.*) Tavannes!... Si me habrá visto?...

RENAUD. Le conocéis, quizás?

CONDES. Sí... vá algunas veces á casa de mi señora... Le divisais aun?

RENAUD. No... vá muy lejos.

CONDES. Pues, corred... y que venga con vos un coche de alquiler...

RENAUD. (*Con el mayor delirio.*) Para nosotros!

CONDES. (*Preocupada.*) Sí, sí: es preciso partir... al momento... corred... corred!... os espero!...

RENAUD. Aquí?

CONDES. No... en el bosquecillo de enfrente... despachaos... (*Renaud sale.*)

ESCENA VII.

LA CONDESA DE EGMONT.

Tavannes! Ese marqués es mi eterna pesadilla!.. Son singulares estos hombres!... Porque alguna vez se muestra una bondadosa con ellos, ya quieren que los favores sean eternos! — Si sospecha quién es su rival, estará furioso... Y, no obstante, si los títulos se midiesen por el verdadero mérito, Renaud sería el marqués y... — Pasémonos al otro bosque. (*Se echa el capuchon. Richelieu llega.*)

ESCENA VIII.

RICHELIEU. LA CONDESA DE EGMONT.

RICHELIEU. Qué pronto olvidó Tavannes á la muchacha por una partida de juego! Estos hombres no tienen fijeza en las ideas... Pero yo... yo marchó derecho al fin sin que me asuste ese tonto de Renaud. (*En este momento la condesa sale del bosque de la izquierda y tropieza con su padre.*)

CONDES. Ah!

RICHELIEU. (*Aparte.*) Una mantilla negra! ella es! (*Alto.*) Os pido mil perdones, señora...

CONDES. (*Aparte con espanto.*) Mi padre! (*Se cubre mejor con el capuchon.*)

RICHELIEU. Pero al mismo tiempo no llevareis á mal que me felicite por un encuentro....

CONDES. (*Aparte.*) Cómo saldré de este laberinto?

RICHELIEU. No quereis responderme? (*Cojiéndola la mano.*) Vuestra mano tiembla... Sería la primera vez que el duque de Richelieu habria asustado á una dama! (*Confidencialmente.*) No sois lo que quereis aparecer... al momento lo he adivinado.

CONDES. (*Aparte.*) Cielos!

- RICHELI. No.... no.... sois de la corte; pero tranquilizaos.... jamás he vendido yo un secreto. Cuando se me exige el silencio....
- CONDES. (*Aparte.*) Qué suplico!... (*Alto y fingiendo la voz.*) Caballero, os suplico... (*Quiere retirar la mano.*)
- RICHELI. Desfigurais la voz para no ser conocida! Es muy justo, y os prometo respetar vuestro incógnito todo el tiempo que ordeneis.

ESCENA IX.

*Los mismos. TAVANNES acompañado de muchos caballeros.
Despues RENAUD.*

(Varios criados preceden á Tavannes con antorchas encendidas.)

- CONDES. (*Viendo á Tavannes.*) El marqués! Soy perdida!
- RICHELI. Le conocéis? Ya caigo! Vuestro miedo era por él y no por mí? (*Movimiento de la condesa.*)
- TAVAN. (*A sus amigos que no han aparecido aun.*) Por aquí, señores, por aquí! Soberbio golpe!
- RICHELI. (*A la condesa.*) Serenaos; estais bajo el amparo de Richelieu!
- TAVAN. (*Llegando con sus amigos al bosque y viendo al duque.*) Ah! el mariscal aquí!
- RICHELI. El mariscal de Richelieu á quien dejareis libre el paso lo mismo que á la dama á quien acompaña. (*Los caballeros se separan con respeto.*)
- RENAUD. (*Llegando al bosque de la derecha.*) Enriqueta en medio de tantos y de la mano del mariscal! Burlada ni cita!
- RICHELI. (*Bajo á la condesa.*) A donde quereis ir? (*Con la mano le señala ella tímidamente el bosque de la derecha.*) Bien está!
- TAVAN. (*Aparte con duda.*) Si será su padre?
- RICHELI. (*Atravesando la escena con paso grave y llevándola de la mano.*) Venid, señora!
- CONDES. (*Al llegar al bosque vé á Renaud que está medio oculto.*) Renaud! Me he salvado!

- RICHELI.** (*Deteniéndola.*) Y me dejais así?
- CONDES.** (*Finjiendo la voz.*) Mañana recibireis un billete mio....
- RICHELI.** Oh felicidad! Escondeos! (*La condesa entra en el bosque.*)
- RENAUD.** El buen señor me la devuelve!
- CONDES.** (*Llevándose.*) Partamos! (*Se alejan por el fondo derecha.*)
- RICHELI.** Señores... vamos á palacio...
- TAVAN.** (*Mostrando á Richelieu á la condesa que pasa por el fondo con Renaud.*) Mirad, señor mariscal! Já! já! já!
- RICHELI.** Ah! se han burlado de mí!
- TAVAN.** Y de mi también! Já! já! já!
- TODOS.** Já! já! já! (*Risas de todos los caballeros.—Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio de Versailles. Puertas laterales. Una galería en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

TAVANNES y RICHELIEU, *de pié*. LA CONDESA DE EGMONT y la DUQUESA DE BRIONNE, *sentadas*. Damas y caballeros de la corte agrupados en el salon, los unos sentados, los otros de pié, y algunos paseando.

DUQUES. (*A Tavannes.*) Pero es creible, señor marqués, la historia que nos contaís? Vos burlado por una modista?

RICHELI. Asi es, señora duquesa; y lo mas divertido de la aventura es que contribuyendo á la burla de Tavannes, he sido tambien víctima de ella.

DUQUES. Conque fuisteis vos, marqués, quien la devolvió á su amante?

RICHELI. Con una lealtad digna de los tiempos caballerescos.

- DUQUES. Y debe haberse reído mucho de los dos.
RICHELI. Es muy probable.
TAVAN. Qué opina de esto la señora condesa de Egmont?
CONDES. Que ha hecho muy bien... Ir en busca de modistas...
TAVAN. Y si la modista de quien hablamos no lo era sino en el nombre?
CONDES. Lo creéis así?
RICHELI. Y soy de su misma opinion; porque al hablarme disimuló la voz.
CONDES. Es de suponer que tendria sus razones para no ser reconocida.
TAVAN. Sin duda; pero en el jardin del Palacio Real no es tanta la oscuridad, que teniendo buenos ojos...
CONDES. Es decir que sabeis su nombre?
TAVAN. Tal vez.
CONDES. Y por qué no lo declarais?
TAVAN. Porque, gracias al señor duque, carezco de pruebas.
CONDES. Qué lástima! Eso nos divertiría mucho.
TAVAN. De veras?
CONDES. Así lo imagino.
TAVAN. (*Algo picado.*) Pues... ya procuraré tenerlas.
CONDES. (*Levantándose, y lo mismo la duquesa, y pasando junto á Richelieu.*) En ello me dareis una prueba de afecto.
TAVAN. (*Aparte.*) Qué audacia!
DUQUES. (*Aparte.*) Seria ella por ventura?
RICHELI. Cuanto me duele tan fatal desenlace! Digo! Una dama de la corte en amoríos con un dependiente del comercio!... Esa historia habria sido las delicias de Versailles!
CONDES. Segun eso, padre mio, os arrepentís de haber librado á una mujer de los sarcasmos, de las burlas y de la vergüenza?
TAVAN. Somos tan á menudo víctimas de ellas, que no nos sienta mal una venganza.
CONDES. Qué vengativo está hoy el señor marqués! Já! já! já!
DUQUES. No es justo que por ello olvidemos el gran acontecimiento del dia... Ya se acerca la hora en que la condesa Dubarry va á ser presentada á la Delfina.
RICHELI. Todos estamos en la seguridad de que será mal recibida.
CONDES. No obstante, la Delfina ha consentido en verla.
RICHELI. El rey lo ha ordenado, y ha sido forzoso obedecer... Pero hoy es un dia de humillaciones para la favorita.

- CONDES. Y por consecuencia un día de felicidad para nosotros.
DUQUES. Según eso, no cesareis de odiarla?...
CONDES. Hasta tanto que el rey no la deje de amar.
RICHELL. Odiadla cuanto queráis, pero calladlo; porque se ha firmado una tregua entre nosotros, y yo soy el que debe darla hoy la mano... Voy á ver si todo está dispuesto. Me acompañáis, señor marqués?
TAVAN. Con mucho gusto, señor duque. (*Aparte.*) Si pudiese confundirla!... (*Salen por la puerta izquierda. Los demas de la corte se van alejando por distintos lados.*)

ESCENA II.

LA DUQUESA DE BRIONNE. LA CONDESA DE EGMONT.

- CONDES. Ese impertinente de Tavannes que creyó asustarme...
DUQUES. Está picado de veras, y si son ciertas mis sospechas, no le falta motivo para ello.
CONDES. Eso es decir...
DUQUES. Que la modista de que se trata no es otra que la condesa de Egmont.
CONDES. Y habeis acertado.
DUQUES. Hace quince días que tratais con mucha crueldad á ese pobre marqués.
CONDES. Seis meses hace que él me está incomodando, y así quedamos pagados.
DUQUES. Y por quién le reemplazais?
CONDES. Por un jóven, cuya alma inocente y pura me ha revelado la existencia de una felicidad que ignoraba!... Para con vos no tengo secretos, duquesa... y así os diré que ese jóven me ama con un amor loco, sin ejemplo... y si le fuese infiel, estoy segura de que le costaría la vida!... Sucedería lo mismo á nuestros amantes de Versailles?...
DUQUES. Oh! no!... Porque si tal fuese, ya nos hubiéramos quedado sin hombres.
CONDES. Al principio no vi en estos amores mas que un frívolo pasatiempo; pero es tal su entusiasmo, que no he podido evitar los efectos de la primera imprudencia.
DUQUES. Y no calculais las consecuencias? Si se descubriese esta intriga, seriais la fábula de la corte.

- CONDES. Cómo se ha de descubrir, si Renaud (que este es su nombre) no sueña siquiera con mi rango, y no vé en mí mas que una camarera? Ah!... Qué aflijido estará porque hace cuatro dias que no me vé!... Mi servicio en palacio solo me ha permitido enviarle un billete. que habrá estrechado contra su corazon para no apartarlo de él jamás!
- DUQUES. No olvideis que Tavannes está herido en su amor propio y en su orgullo, y que no perdonará medio alguno para vengarse de vos. Estad muy alerta!
- CONDES. Temer el porvenir es no disfrutar lo presente... y es tan corta la vida!...
- DUQUES. Y el placer tan raro.
- CONDES. Que es preciso apoderarse de él cuando llega.
- DUQUES. Y reemplazarle cuando se vá.
- CONDES. Ved ahí la verdadera filosofía!...
- DUQUES. Silencio. La córte llega!
- CONDES. Guardad bien mi secreto.
- DUQUES. No sois depositaria de los míos?

ESCENA III.

LA DUQUESA DE BRIONNE. LA CONDESA DE EGMONT. RICHELIEU.
TAVANNES. *Damas y caballeros de la córte.*

- RICHELI. Llegó el momento, señores; el rey acaba de entrar en el cuarto de la Delfina... y aquí tenemos ya á la duquesa Dubarry.
- CONDES. Por mas que se oculte entre galas, siempre se trasluce á la mujer oscura.
- RICHELI. Pero nosotros solo debemos ver á la favorita.
- CONDES. Tener que saludar á Juana Vaubernier!
- RICHELI. Y yo verme en la precision de darla la mano!
- CONDES. Cuándo podremos castigarla?
- RICHELI. Cuando no pueda vengarse. (*La condesa Dubarry entra acompañada de muchas damas. Movimiento general en el salon. Richelieu va á su encuentro.*)
- RICHELI. El honor que se me ha concedido hoy, es un favor que por nada en el mundo cederia. (*Le dá la mano; todos se inclinan y ella entra con Richelieu; todos los siguen: dos pajes que precedian el cortejo, se han colocado á la puerta izquierda, que es por donde todos salen.*)

ESCENA IV.

LOS PAJES.

- PAJE 1.º (*Colocado á la izquierda.*) Sabes, Harcourt, que está muy linda aun la condesa.
- PAJE 2.º Hoy es un gran día para ella.
- PAJE 1.º Cómo será recibida?
- PAJE 2.º Mirala! mirala! Ya entra!
- PAJE 1.º Oh!... La Delfina la coje con agrado.
- PAJE 2.º Ves cómo fruncen el ceño todas las damas?
- PAJE 1.º Sí, pero bien pronto ha desaparecido el desden... Todos se sonrien con la favorita.
- PAJE 2.º Cosas de la corte!
- PAJE 1.º Aquí todo es una farsa!

ESCENA V.

LEDRÚ. RENAUD. UN UGIER *en el fondo.* LOS PAJES *en el mismo sitio.*

- LEDRÚ. (*Al ugier.*) Os digo y os repito que tengo una cita con el señor duque de Richelieu; mi amo es el que surte de géneros al teatro de la Comedia Francesa, y me ha enviado aquí con un pase del señor mariscal.
- UGIER. Está bien; pero no podeis entrar aquí, ni permanecer por consiguiente.
- PAJE 1.º Mira, Harcourt, qué figuras mas raras! Vamos á divertirnos un rato. (*Al ugier.*) Dejadlos! (*El ugier sale.*)
- RENAUD. Estos parecen mas amables.
- PAJE 1.º Decís que os ha mandado venir el señor mariscal?
- LEDRÚ. Ni mas ni menos, para pagarme unas cuentecillas que traigo; y me alegro, como soy Ledrú, porque tenia ganas de ver la corte, y he aprovechado la ocasión para hacer participe en mi fortuna á este compañero.

- PAJE 1.º Mucho vá á alegrarse el rey al veros.
RENAUD. Lo creéis así?
PAJE 1.º Estoy muy cierto.
LEDRU. Pues qué!... no los hay aquí mas feos que nosotros?
PAJE 1.º (*Riendo.*) No sé qué deciros...
LEDRU. (*Aparte.*) A que le doy un mogicon! (*Alto.*) Pues nos baríais un favor en dejarnos aquí para que mi amigo se distrajesse de sus penas.
PAJE 1.º Segun eso, no es fiel la dama de este jóven?
LEDRU. Mucho me lo temo.
RENAUD. Te engañas, porque me quiere como nunca.
PAJE 1.º Oh!... Seria una infamia enganar é este caballero.
Pero tengo que deciros que contra mi voluntad es preciso que vayais á distraeros á otra parte.
LEDRU. Eso es decir que nos larguemos?
PAJE 1.º El rey vá á sentirlo mucho; mas no queda otro remedio: toda la córte vá á atravesar por este salon....
RENAUD. Qué espectáculo mas vistoso!
PAJE 1.º Vamos, no os detengais.
RENAUD. Qué prisa os ha entrado de repente!
PAJE 1.º No me obligueis á que os lo diga de otro modo.
LEDRU. (*Tirando á Renaud del traje.*) Vámonos, Renaud, vámonos!
RENAUD. Me parece que no sois tan valientes como aparentais!
PAJE 1.º Teneis ganas de salir á puntillones?
LEDRU. Cómo es eso de puntillones?

ESCENA VI.

Dichos. TAVANNES, entrando por la puerta izquierda.

- TAVAN. Quién escandaliza de este modo?
PAJE 1.º Esos villanos, que se han empeñado en no salir de aquí.
RENAUD. Villanos? Vive Dios!
TAVAN. (*Reconociendo á Renaud.*) Ah! No me engaño!... Es él!...
RENAUD. Señor marqués! Hacednos justicia.
TAVAN. Retiraos! (*Los pajes vuelven á colocarse á los lados de la puerta.*)
LEDRU. Que rabien los criadillos!

- TAVAN. Decidme, amiguitos, qué es lo que os ha traído por aquí?
- RENAUD. Mi compañero viene con unas cuentas para el señor duque y ha querido que le acompañe... Ahora desearíamos ver desde un rincón la comitiva.
- TAVAN. (*Aparte.*) El cielo me le envía para esclarecer mis sospechas! (*Alto.*) Oh! Es un deseo muy natural, y quiero satisfacerlo. La condesa Dubarry, seguida de toda la corte, vá á pasar por aquí, y podeis verlo todo desde ese lado.
- RENAUD. Qué bueno sois, señor marqués!
- LEDRU. Ah! Que rabien los pajes!
- TAVAN. Pero no me has dicho cómo vas de tus amores.
- RENAUD. Voy muy bien, señor marqués.
- TAVAN. Supongo que aquella noche la pasarías muy contento?
- RENAUD. Estasiado, señor marqués!... no podeis figuraros...
- TAVAN. Sí, sí; ya me lo figuro!... Conque has dejado de ser tímido?...
- RENAUD. Para convertirme en el mas afortunado de los hombres.
- TAVAN. (*Aparte.*) Qué rato de gusto me está dando!...
- RENAUD. No sabéis!... Me ama como nunca ha amado á nadie!...
- TAVAN. Hola!... hola!
- RENAUD. Así me lo ha dicho.
- TAVAN. (*Aparte.*) Cáscaras!... Si es ella, me las ha de pagar! (*Alto.*) Y no la has vuelto á ver desde aquel día?
- RENAUD. No señor; pero sé que no me olvida.
- LEDRU. (*Que ha estado mirando por todas partes.*) Cuanta gente viene por este lado!...
- TAVAN. Colocaos! aquí!... La boca cerrada y los ojos bien abiertos.

ESCENA VII.

RENAUD. LEDRÚ. RICHELIEU. LA CONDESA DUBARRY. LA DUQUESA DE BRIONNE. LA CONDESA DE EGMONT. *Multitud de CABALLEROS Y DAMAS DE LA CÓRTE. TAVANNES á la izquierda en primer término.*

(Todos salen por la puerta lateral en donde están los pajes. Richelieu trae de la mano á la condesa Dubarry. La condesa de Egmont habla bajo con la duquesa de Brionne. Atraviesan el teatro y pasan á la galería.)

TAVAN. *(Aparte en primer término.)* Si no me engaño, ahora es la escena del reconocimiento!... Procuraremos que sea patética!

LEDRU. Mira! mira, Renaud, qué cortejo mas magnífico!... Jesús! Qué riqueza en los trajes!...

RENAUD. Y qué damas!... No ves qué diamantes?

LEDRU. Ah!... Estoy embobado!...

RENAUD. *(Reconociendo á la condesa.)* Oh! Dios mio!

LEDRU. Qué es lo que te pasa?

RENAUD. *(Atravesando el teatro y pasando á la izquierda.)* Sí!... no!... sí es!... ella es!!...

LEDRU. *(Siguiéndole.)* Ella?... Pero quién es ella?

RENAUD. Estoy despierto ó estoy soñando?

TAVAN. Qué es lo que tienes?

RENAUD. *(A Tavannes que le observa con mucho interés.)* Señor marqués!... Señor marqués!... Decidme por favor el nombre de aquella dama!...

TAVAN. De cuál?

RENAUD. De aquella... de la que atraviesa los arcos... la del traje azul. *(Todos han desaparecido por la derecha.)*

TAVAN. Esa es la condesa de Egmont, hija del señor duque de Richelieu.

RENAUD. La condesa de Egmont!... la hija del... Ah!... Yo desfallezco!...

TAVAN. La conoces por ventura?

RENAUD. *(Arrebatado.)* Que si la conozco?

LEDRU. Pero!... Te has vuelto loco?...

RENAUD. La condesa de Egmont!... Soy amado de una condesa!...

LEDRU. Qué atrocidades estás diciendo?

TAVAN. Ah!... Conque es ella?

RENAUD. Sí, señor marqués; es ella la que... Oh!... Bien me lo pareció en aquellas maneras tan nobles, aquel lenguaje tan escogido!... Voy á perder la razon! Una condesa!... La hija de un mariscal!... Que vengan ahora los pajes á burlarse de mí!... Soy amado de una condesa! (*Pasea con orgullo.*)

TAVAN. (*Aparte.*) Ya di con lo que buscaba!... (*Alto.*) Pues sabed, caballero Renaud, que es una aventura famosa!

RENAUD. Amado de una condesa!...

TAVAN. Es la fortuna que se os presenta.

RENAUD. Mejor todavía; es la felicidad!

TAVAN. Y es preciso no dejarla escapar... La señora condesa se alegrará mucho de verte.

RENAUD. Lo creéis así, señor marqués?

TAVAN. A no dudarlo.

RENAUD. Y por qué me habrá ocultado su rango?

TAVAN. Por el placer de ser amada por sí misma, y el deseo de experimentar tu cariño... Oh!... La condesa de Egmont es muy novelera!

RENAUD. En efecto, me ha dicho muchas veces que el amor podía hacerlo olvidar todo.

TAVAN. Hola?... Te ha dicho eso?

RENAUD. Y me lo ha probado ademas.

TAVAN. (*Aparte.*) Ya escampa!... (*Alto.*) Y quieres mas indicios de que tu presencia le causará mucho contento? Quédate aquí... Han ido á acompañar á la favorita á su departamento, y cuando vuelvan á este salon yo te presentaré!

LEDRU. De esta hecha me hago obispo!

RENAUD. Qué felicidad volverla á ver!

TAVAN. Déjame á mí este asunto... Ya vienen! Haz lo que yo te diga, y sobre todo nada de nécia timidez!



ESCENA VIII.

RICHELIU. LA DUQUESA DE BRIONNE. LA CONDESA DE EGMONT.
TAVANNES. RENAUD. LEDRÚ. *Multitud de DAMAS Y CABALLEROS DE LA CÔRTE.*

RICHELI. (*Entrando.*) Puesto que el poder de la favorita se ha firmado, le haremos la còrte. Vendreis, hija mia?

CONDES. No nos queda otro medio por ahora.

RICHELI. Por lo visto, señor marqués de Tavannes, protestais contra la acogida de la condesa Dubarry cuando no nos habeis seguido?

TAVAN. Os equivocais, señor duque; yo soy siempre del partido de la belleza.

RICHELI. Y teneis mucha razon.

TAVAN. He permanecido aquí para favorecer á un jóven á quien querian echar, y al cual no debian faltar en la còrte protectores.

RENAUD. (*Aparte. en un extremo del teatro.*) Qué bella es!

RICHELI. No os comprendo.

TAVAN. La señora condesa me agradecerá este favor... estoy muy seguro de ello.

CONDES. Yo, señor marqués?

TAVAN. Vos, condesa... vos misma. El pobre muchacho, que es tímido, necesitaba un padrino, y soy el mas feliz de los hombres al tenderle la mano para tener el honor de presentároslo. (*Dice esto cojiendo de la mano á Renaud y llevándolo ante la condesa.*)

CONDES. (*Aparte.*) Cielos!

DUQUÉS. (*Bajo á la condesa.*) Qué significa?...

CONDES. (*Idem.*) Es él!

TAVAN. (*Aparte.*) Mi proteccion hizo su efecto.

RICHELI. Si no me equivoco, este es el jóven del Palacio Real.

TAVAN. La felicidad es su patrimonio desde que vió á la señora condesa, y recibió de ella tantas y tan grandes pruebas de bondad.

CONDES. (*Que ha recobrado su serenidad.*) De mí?

RICHELI. Pruebas de bondad?

RENAUD. (*Adelantándose con cierta confianza.*) Conozco que que debí callar.....

RICHELI. Qué es lo que oigo!

CONDES. (*Aparte.*) Imbécil!... Me ha reconocido!

- RENAUD. La señora condesa me perdonará?...
CONDES. Perdonaros?... Qué es lo que tengo que perdonaros?
RENAUD. (*Asombrado.*) Pero.... señora.... yo pensaba.... yo creía...
CONDES. Qué es lo que pensais?... Hablad.
RENAUD. (*Con embarazo.*) Que despues de lo que me habeis dicho...
CONDES. Pero qué es lo que es he dicho?... En dónde nos hemos visto?
RENAUD. (*Asombrado.*) Y vos me lo preguntais?
LEDRU. (*Bajo á Renaud.*) Me parece que te dan portazo!
RENAUD. Ah! Será posible que esté engañado?
CONDES. Qué decis?
RENAUD. (*Aparte.*) Estoy seguro de que es ella!
TAVAN. Como vuestro escelente corazon os proporciona tantos protejidos, tal vez tendreis confusas las ideas... Es preciso, Renaud, que ayudeis la memoria de la señora condesa... recordadle alguna circunstancia especial...
CONDES. Qué circunstancia quereis que me recuerde?
TAVAN. Eso es lo que vamos á saber ahora.
CONDES. Si ese jóven tiene que pedir alguna cosa, que hable; y si no, que deje de molestar por mas tiempo á una dama á quien vé por la primera vez.
RENAUD. (*Sofocado.*) Por la primera vez! Ah! Eso es demasiado!
DUQUES. (*Aparte.*) Qué sangre fria mas admirable!
RICHEL. (*Que ha pasado á la izquierda de Renaud.*) Con efecto, qué relaciones pueden existir entre un dependiente del comercio y la condesa de Egmont?
RENAUD. (*Aparte.*) Si habré dado alguna pifia!
CONDES. (*Aparte.*) Me comprenderá?
RICHEL. (*Cogiéndole por una oreja.*) Desconocéis el poder de Richelieu?
TAVAN. (*Cogiéndole por la otra.*) Pensais que conmigo se juega?
RICHEL. Hablad pronto!
RENAUD. (*Aparte.*) En qué laberinto me he metido!
CONDES. (*Aparte.*) Estoy en un suplicio.
TAVAN. Os obstináis en no hablar?
RENAUD. (*Aparte.*) Primero es ella! (*Alto.*) Señores... lo confieso... al mirar á la señora condesa... creí ver...
CONDES. (*Aparte.*) Dios mio!
RENAUD. A una mujer encantadora que me habia prometido un amor eterno....

- RICHELI. Y esa mujer?...
- CONDES. (*Aparte.*) Se atreverá á confesar?
- TAVAN. Y habeis conocido?...
- RENAUD. (*Con mucho esfuerzo.*) Que me he engañado!
- RICHELI. Mereciais por impertinente...
- CONDES. (*Sonriéndose.*) Es preciso perdonarle; un corazon enamorado cree siempre ver en todas partes el objeto amado, y me envanece mucho parecerme á la señora de los pensamientos del caballero... caballero... qué?
- RENAUD. Renaud, señora.
- CONDES. Una advertencia os haré, caballero Renaud, y es que en adelante procureis mirar mas de cerca; y á vos, señor marqués de Tavannes, que escojais mejor vuestros auxiliares.
- RICHELI. Pero quién ha traído aqui á estos dos hombres?.. Por qué veo allí á otro que trata de ocultarse?
- LEDRU. Yo he venido, señor duque, con un pase de vuestra excelencia para arreglar unas cuentecillas...
- RICHELI. Si... si... ya caigo!... Vas á seguirme.
- CONDES. Y nosotras, señoras, iremos á la reunion de la Del-fina. Ya nos veremos despues, señor marqués.
- TAVAN. Así lo espero, señora condesa.
- CONDES. (*Bajo á la duquesa.*) Para no ser cortesano, no se ha portado mal.
- DUQUES. (*Idem.*) De buena habeis escapado.
- TAVAN. (*A media voz.*) Espérate aqui, Renaud! Tengo que hablarte! (*Todos salen, excepto Renaud y Tavannes. La condesa con aire de triunfo al pasar por delante de Tavannes, le echa una mirada compasiva y desdenosa.*) (*Aparte.*) Has triunfado! Pero aun no hemos concluido el juego!

ESCENA IX.

TAVANNES. RENAUD.

- RENAUD. (*Aparte.*) Qué será de mí al presente?
- TAVAN. Qué tal, señor Renaud?
- RENAUD. Y qué quereis, señor marqués?
- TAVAN. Sabes que tengo motivos para estar muy disgustado?

RENAUD. Pues yo no los tengo menos.

TAVAN. Acabas de conducirte como un imbécil!

RENAUD. Es que no me falta razon para ello.

TAVAN. Habla francamente; te has equivocado, ó has cedido á un impulso de temor? Es ó no; es la condesa la que te ama?

RENAUD. Puedo saberlo con lo que ha pasado?

TAVAN. No debes permanecer en esa incertidumbre.

RENAUD. Oh! no! Es demasiado cruel! Si es ella la que se ha enamorado de mí, debe estar muy irritada y no la volveré á ver. Ah! He perdido toda la alegría de mi alma!

TAVAN. Óyeme, pobre Renaud... Yo me compadezco de tí y quiero servirté; pero necesito para ello que comprendas lo indispensable que es que yo esté bien enterado de todo.

RENAUD. Pero como yo mismo no lo estoy...

TAVAN. Habría un medio...

RENAUD. Cuál?

TAVAN. Si por casualidad hubieras recibido de tu bella alguna carta, algun billete, yo que conozco la letra de la condesa, te diría al momento...

RENAUD. Ah! Tengo uno, señor marqués... Hace dos dias que es mi único consuelo!... lo llevo sobre mi corazon y lo leo á cada instante!...

TAVAN. Veamos!... Veamos!... Solo por tí haría yo estos sacrificios.

RENAUD. (*Enseñándole el billete.*) Mirad... mirad qué cariño-so está! Es verdad que solo á quien se ama se escribe así?

TAVAN. Oh! sí! eres un mortal dichoso... porque ese billete es de la condesa de Egmont. (*Aparte.*) Périda!

RENAUD. Ah! Bien me lo decia el corazon! (*Besa el billete con entusiasmo.*)

TAVAN. Ahora es preciso que hagais las paces.

RENAUD. Podré hablarla despues de lo que ha pasado?

TAVAN. Tú no, pero yo sí... puedo verla, pintarla tu arrepentimiento y disponerla á perdonarte una indiscrecion digna de excusa.

RENAUD. No es verdad que es digna de excusa? Oh! habladla, señor marqués... sed mi salvador, ya que sois mi verdadero amigo.

TAVAN. Descuida... descuida... Pero necesito un medio para obligarla á que me escuche.

RENAUD. Es muy justo! Y qué debe hacerse?

- TAVAN. Una cosa muy sencilla : dame ese billete que te ha escrito.
- RENAUD. Pero...
- TAVAN. Desconfías de mí ?
- RENAUD. Dios me libre ! Pero con todo...
- TAVAN. Con todo vacilas ? Haz lo que quieras... y resignate á no volverla á ver.
- RENAUD. No volverla á ver !
- TAVAN. Quién lo duda ! Vamos , resuélvete pronto .. que estoy perdiendo el tiempo... y...
- RENAUD. Estais bien seguro de apaciguarla ?
- TAVAN. Tendré que repetirtelo cien veces ?
- RENAUD. Y me devolvereis tan precioso billete ?
- TAVAN. Pregunta inútil !
- RENAUD. Y le direis con entusiasmo ?...
- TAVAN. Cuanto sea necesario para que recobres la felicidad perdida.
- RENAUD. Y ademas...
- TAVAN. Vete al diablo !
- RENAUD. Pues me echo en vuestros brazos... Vos no teneis interés en engañarme...
- TAVAN. Qué pesadez ! (*Le quita el billete.*)
- RENAUD. Mi eterna felicidad está en vuestras manos !
- TAVAN. Te daré cuenta exacta de ella. Ahora vete á pasear á esa galería ; mira los cuadros , y procura distraerte , mientras me ocupo de tí.
- RENAUD. Y mientras yo pienso en ella !

ESCENA XI.

TAVANNES.

Ahora nosotros dos , señora condesa !... Estais en mi poder !... De este modo os enseñaré que no se engaña impunemente al marqués de Tavannes !... Ah ! Aquí viene del cuarto de la Delfina !...

ESCENA XII.

TAVANNES. LA CONDESA.

- CONDES. Oh! Sois vos, señor marqués? Siempre os hallo sumido en reflexiones!
- TAVAN. Aquí, al menos, señora, no me faltan los objetos.
- CONDES. Se ha hablado mucho de vos en el cuarto de la Delfina.
- TAVAN. Cuanta bondad!
- CONDES. No es esa precisamente la mas exacta calificación, porque á fuer de buena amiga debo deciros que se han reído mucho á costa vuestra.
- TAVAN. Y vos, señora, no me habeis defendido?
- CONDES. Tan generosa me creéis?
- TAVAN. Casi tanto como fiel.
- CONDES. (*Riendo.*) Y eso os tranquiliza?
- TAVAN. Imagináis que debe alarmarme?
- CONDES. Quisiera oír vuestra opinion.
- TAVAN. Despues de lo que ha pasado no tengo razones para creer en vuestra inconstancia.
- CONDES. Pero yo las tengo para creer en vuestra terquedad maliciosa.
- TAVAN. El amor verdadero le hace á uno muy receloso.
- CONDES. Y el despecho, ridículo.
- TAVAN. Conque tanto se han mofado de mí?
- CONDES. Era tan absurda la comedia que habeis imaginado!
- TAVAN. Os lo parece así?
- CONDES. Y habeis representado tan mal vuestro papel!
- TAVAN. Tal vez halle la ocasion de tomar la revancha.
- CONDES. Ah! lo dudo.
- TAVAN. Quién sabe! He notado en las comedias un recurso que pocas veces deja de producir su efecto.
- CONDES. Y puede saberse?...
- TAVAN. En el momento en que la accion está mas enredada, en que el personaje principal se cree mas seguro de su triunfo, llega una carta que cambia la posicion de todo el mundo.
- CONDES. Una carta!
- TAVAN. Sí! es un medio muy usado... Convengo en ello.... pero es muy seguro.
- CONDES. Qué quereis decir?
- TAVAN. No adivináis todas las combinaciones nuevas, todas las resoluciones imprevistas que pueden ocasionar diez líneas de una carta?

:

- CONDES. Explicaos, señor marqués.
TAVAN. No seais tan viva de génio! Mirad, yo tengo aqui un papel en el cual confio mucho.
- CONDES. Veamos!
TAVAN. Lo veis... condesa? (*Mostrándole la carta.*)
CONDES. (*Aparte.*) Ah! mi carta!
TAVAN. No es muy larga, pero producirá su efecto... No sois de mi opinion?
CONDES. Y qué uso pretendéis hacer de ese papel?
TAVAN. Eso depende del jiro que tome la escena.
CONDES. Y un hombre que se dice enamorado puede hallar satisfaccion en disgustar á la mujer á quien ama?
TAVAN. Y no podria encontrarla en reconquistar lo que le han robado?
CONDES. Y puede ser en ella un crimen una broma sin consecuencia?
TAVAN. No ... Si no fuese mas que una broma sin consecuencia...
CONDES. Eso no puede ser otra cosa.
TAVAN. Ved aqui un billete que prueba lo contrario.
CONDES. Miradlo bien! La venganza contra una mujer es una cosa muy peligrosa.
TAVAN. Perder su amor es una cosa bien cruel.
CONDES. (*Haciendo la coqueta.*) Y estais seguro de haberle perdido?
TAVAN. Así parece.
CONDES. Sin esperanzas de recobrarlo?
TAVAN. Así lo temo.
CONDES. Qué modesto sois!
TAVAN. En manos de ella está el que vuelva á ser orgulloso.
CONDES. Y si ella estuviese dispuesta á la paz?
TAVAN. Por mí no se empezó la guerra.
CONDES. Obtendria ella una garantía de vuestras intenciones pacificas?...
TAVAN. Obtendria él una prenda de su nuevo reinado?..
CONDES. El reconocimiento sería el único medio...
TAVAN. Y qué debería hacer?
CONDES. No adivinais?
TAVAN. Ayudadme un poco.
CONDES. Ese billete...
TAVAN. Qué?
CONDES. Seria preciso devolvérselo.
TAVAN. Ah! Entiendo. Pero á mi vez os diré que si deseais verlo á vuestros piés... hallareis un medio.

CONDES. Y qué deberé hacer?

TAVAN. No adivináis?

CONDES. Ayudadme un poco.

ESCENA XIII.

Los mismos. RENAUD.

RENAUD. (*Desde el fondo dice aparte.*) Ah! el marqués la habla en mi favor! Escuchemos.

TAVAN. Cuando ella me amaba, no solía estar tan lejos de mí.

CONDES. (*Acercándose.*) En el tiempo en que os era tan querida su felicidad, ya habriais adelantado la mano...

TAVAN. No se habria opuesto á que un cariñoso abrazo sellase nuestra reconciliacion.

CONDES. Os hubierais apresurado á realizar su deseo.

TAVAN. (*Enseñándole la carta y adelantándose para abrazarla.*) Habria accedido á mi deseo...

RENAUD. (*En el fondo.*) Cielos!... Qué es lo que están haciendo?

CONDES. Es para mí ese billete?

TAVAN. Será para mí ese abrazo?

CONDES. Negocio terminado!.. Ya es mio!.. (*Tavanes la abraza y ella coje el billete.*)

RENAUD. (*Con esplosion.*) Esto es demasiado!

CONDES. Qué oigo!

RENAUD. (*Llegando á la escena y colocándose entre ambos.*) Soy yo, señora!.. No os incomodeis por mí...

TAVAN. Nos ha visto!.. Pobre muchacho!.. (*Riéndose.*)

CONDES. Qué es lo que quereis?..

RENAUD. Es ese el precio del amor mas tierno, del cariño mas absoluto!.. Ah! qué desgraciado soy!..

CONDES. (*Aparte.*) Será otro lazo de Tavannes!..

TAVAN. (*Aparte.*) Rompimiento estrepitoso de los amores de lance!..

RENAUD. Y pensais que me dejaré engañar, que me dejaré vender sin exhalar una queja!.. Os equivocais!.. Hablaré, lo diré á la córte toda, al mundo entero, al rey si necesario fuese! Publicaré por todas partes que la condesa de Egmont habia jurado amor á Antonio Renaud, al dependiente del comercio de la calle de San Martin; que ella le queria, que le habia ofrecido una ternura sin limites, y que en el mismo instante le vendia haciendo igual juramento al marqués de Tavannes!..

CONDES. Oídmel!..

- RENAUD. Ah!.. No esperéis engañarme de nuevo!.. Los celos me lo han revelado todo!... Sí... sois vos, señora!... Sois vos misma!.. Oh! Soy bien digno de compasion! Yo no os busqué; yo vivía feliz y tranquilo!.. Por qué fuisteis con vuestra pérvida mirada á turbar mi oscura existencia?.. Habéis tomado á diversion el despertar en mi alma un sentimiento al cual todo lo hubiera sacrificado y que hará mi eterna desventura?.. Me habéis embriagado de amor, y era vuestro objeto jugar conmigo, jugar con mi porvenir!.. Ah! es un agradable pasatiempo, no es verdad, señora condesa?.. Pues bien... yo me vengaré.
- CONDES. (*Aparte.*) Cuánto me ama!...
- TAVAN. (*Aparte.*) Qué apasionados son estos muchachos!
- RENAUD. Creéis, señora condesa, que porque carezco de una posición y de un nombre no tengo corazón, no tengo un alma?.. Yo os demostraré que bajo un sencillo traje hay mas que bajo esos bordados y esos oropeles.
- CONDES. Advertid que no sufriré por mas tiempo...
- TAVAN. (*Aparte*) Bastante castigada está ya. (*Alto.*) Caballero Renaud, os aconsejo que os calleis.
- RENAUD. Callarme! Y con qué derecho me impondreis silencio? Ah! si fuera posible!.. Pero no... no hay rango en tal momento... Callarme yo!.. (*Se adelanta con furor.*)

ESCENA XIV.

TAVANNES. RENAUD. RICHELIEU. LA CONDESA DE EGMONT. LA DUQUESA DE BRIONNE. LEDRÚ. *Multitud de damas y caballeros de la corte.*

- RICHELI. Quién se atreve á gritar de este modo?... Ah! Vos otra vez!...
- RENAUD. Yo, señor mariscal, yo que nada conozco sino los celos que me ahogan!
- RICHELI. Desgraciado! Qué osáis decir?
- RENAUD. Qué me importa vuestra cólera? Nada escucho; y no podreis impedirme que declare delante de todo el mundo que he sido engañado por la condesa de Egmont.
- TODOS. Oh! oh! (*Murmullo general.*)
- DUQUES. (*A la condesa.*) Serenidad, ó sois perdida!

- RICHELI. Señora condesa, explicadme este misterio.
- CONDES. (*Aparte.*) No hay que vacilar. (*Alto.*) Y quereis por ventura que imponga silencio á un loco? Soy yo responsable de sus extravagancias?
- RENAUD. Un loco!...
- TAVAN. (*Aparte.*) Vengamos en su ayuda. (*Alto.*) Y con efecto, qué pruebas tiene de lo que se ha atrevido á decir?...
- RENAUD. Pruebas! Bien sabeis, señor marqués, que ya no tengo ninguna.
- CONDES. Que se lleven á ese insensato; quiero perdonarle, pero tambien que no nos alborote por mas tiempo.
- RICHELI. Eso no basta! Necesita un castigo, necesita que sea encerrado en donde estemos seguros de él... y vos se-reis, señora condesa, quien lo haya de solicitar.
- CONDES. Solicitarlo yo?...
- RICHELI. Vacilareis un momento?
- DUQUES. (*Bajo á la condesa.*) Todas las miradas están fijas en vos: no titubeeis!...
- RENAUD. (*Aparte.*) Se atreverá á condenarme?
- CONDES. (*Aparte.*) Pobre Renaud!...
- LEDRU. (*Aparte.*) Buen chubasco! Con tal de que no se acuerden de mí!
- RICHELI. Qué decís, condesa?...
- CONDES. (*Dirigiéndose á los ujieres.*) Arrestad á ese hombre!...
- RENAUD. Gracias, señora condesa! (*Se apoderan de Renaud.*)
- TAVAN. (*Aparte adelantándose hácia la condesa.*) Ya estoy libre de mi rival!...
- CONDES. (*A media voz.*) Desde hoy nos separa un abismo!...
- TAVAN. Ah!!
- LEDRU. (*Aparte.*) Amad á las damas de alto copete... y os darán .. Nada!... Estoy por las modistas!... (*Se llevan á Renaud y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El patio de una casa de locos. Una verja de dos varas de altura ocupa todo el fondo del teatro y deja ver un jardín. Otra verja, que se une con la pared del fondo, ocupa el lado derecho del teatro, la cual se abre sobre la escena: la puerta de entrada está frente á frente de esta verja. A la izquierda y en primer término hay un pabellon.—Al alzarse el telon aparecen Renaud sentado en un banco que está á la derecha, y el médico de pié junto á ella tomándole el pulso.

ESCENA PRIMERA.

RENAUD. EL MÉDICO.

RENAUD. Pero no acabais, doctor? Ya hace media hora que me estais hablando, y que me ahorquen si comprendo una palabra de lo que me habeis dicho.

MEDICO. Pues no hay nada mas claro, porque todos los síntomas...

RENAUD. Empezais de nuevo? Lo que yo veo muy claro es que por haber hablado demasiado, me veo entre cuatro paredes, de las que Dios sabe cuando saldré!

MEDICO. Saldreis cuando esteis curado.

RENAUD. Cómo curado? Pues acaso estoy enfermo?

MEDICO. Físicamente no, pero moralmente sí... Os ruego que lo creais.

- RENAUD. Teneis razon, mi enfermedad es moral, porque estoy herido del corazon!... Encerrar á un hombre á quien se ha jurado amor y constancia... es una cosa horrible! No es verdad, doctor?
- MEDICO. Vamos!... Otra vez!... Veo que será preciso recurrir al agua fria.
- RENAUD. (*Levantándose de repente.*) Qué es lo que estais diciendo?
- MEDICO. Si persistis en esa locura...
- RENAUD. Locura!... Por qué se me ha traído aquí? En dónde estoy?
- MEDICO. En una casa donde se os prodigará toda clase de cuidados... Me intereso mucho por vos, y no dudeis de que haré una cura radical.
- RENAUD. Idos de aquí!
- MEDICO. Pero es preciso no ser furioso, porque para esos casos tenemos el látigo.
- RENAUD. El látigo! El agua fria!... Una casa de locos!... Por Dios vivo juro que no permaneceré aquí... quiero irme de esta casa!
- MEDICO. Calma, amigo mio, calma! Ya veis que no os hemos puesto entre todos los desgraciados que están ahí fuera, y sería muy doloroso que nos obligáseis á trataros como á ellos.
- RENAUD. Ah, señor doctor... no lo creais... yo no estoy loco.
- MEDICO. Bien, bien... Ya sabemos en cuanto á eso á qué atañernos.
- RENAUD. Habladme sin rodeos!
- MEDICO. Viéndoos en un momento lúcido, esperaba obtener de vos algunas noticias acerca de los accesos que hayan precedido á este.
- RENAUD. Qué accesos?
- MEDICO. Los accesos de que habla esta declaracion, firmada por vuestra familia y vuestros amigos.
- RENAUD. Ellos han atestiguado que he estado loco!
- MEDICO. Miradlo! (*Le enseña un papel.*)
- RENAUD. Es posible! (*Leyendo.*) Hasta Ledrú! Hasta mi amigo inseparable!
- MEDICO. Sed razonable y volvereis á vuestro juicio.
- RENAUD. Decid mejor que vais á hacérmelo perder!
- MEDICO. Hay fuera de aquí personas que se interesan mucho por vos, y si me prometéis ser discreto os entregaré...
- RENAUD. Otra declaracion?
- MEDICO. No: una carta de una jóven muy linda, que os ama,

- y á quien apena mucho vuestro doloroso estado.
- RENAUD. Mi estado! Ah! Hay para volverse loco mil veces!
- MEDICO. Tomad; los estatutos de la casa nos obligan á enterarnos de cuanto se trae para nuestros huéspedes, pero creo que esta carta producirá en vos un efecto saludable y por eso os la doy.
- RENAUD. Ah!... Es de ella!... de la pérdida!... No quiero leerla... pero y si fuese!... Dádmela! (*Lee.*) «Amigo mio» —Su amigo!... Soberbio modo de tratar á sus amigos!—«No habeis acudido á la cita que os di, y os hubiera inculpado, si no hubiese sabido por vuestro amigo Ledrú el suceso que tuvo lugar en Versailles. Espero que no tendrá consecuencias el accidente, y que recobrareis la razon. Voy á pedir un permiso para veros, el cual confío obtener.—Enriqueta.»
- MEDICO. Qué os parece?
- RENAUD. Que no comprendo una palabra! Que ignoro si estoy despierto! Que estoy loco, estúpido, imbécil... cuanto se quiera!
- MEDICO. Vaya!... veo que os volveis mas razonable; y si continuais así, todo irá á las mil maravillas!

ESCENA II.

Los mismos. LEDRÚ del lado allá de la verja; llega á esta perseguido por los locos.

- LEDRU. Favor!... Favor!... Que me dejan en cueros!
- LOCO 1.º Venga la ropa! venga la ropa!
- LEDRU. Que me vais á asesinar!... Huy, qué ojos, Dios mio!
- LOCO 2.º Para mí este guñapo!
- LOCO 3.º Para mí los zapatos!
- LEDRU. Abrídmee esta verja!... Libradme de estos energúmenos!
- LOCOS. La ropa! La ropa!!
- RENAUD. Es mi amigo Ledrú!
- MEDICO. (*Yendo á abrir y echando á los locos.*) Fuera de aquí! fuera de aquí! Venga el látigo!... (*Los locos se alejan haciendo mil contorsiones. A Ledrú.*) En-

- trad! entrad! Por qué diablos os habeis metido por ahí?
- LEDRU. Venia con un permiso para ver á mi amigo Renaud... y sin duda equivocando la entrada me he encontrado en medio de una sociedad de demonios que me queria dejar en cueros.
- MEDICO. Y no os han hecho mal alguno?
- LEDRU. No señor... no querian mas que mi ropa: el uno cogió mi sombrero: el otro me tiraba de una manga, aquel llevaba á remolque mis faldillas... y llegó ya el momento en que me iba á ver como mi madre me parió, si no hubiéseis venido en mi socorro.
- MEDICO. Hay tres ó cuatro que tienen esa mania.
- LEDRU. Pues qué, son sastres?
- MEDICO. No señor... son locos!
- LEDRU. Bueno han puesto mi traje... y lo que es el sombrero, echadle un galgo...
- MEDICO. Se os devolverá! Os dejo con vuestro amigo, que está en un momento lúcido... procurad distraerle.
- LEDRU. Pobre jóven!
- MEDICO. Hasta despues, Renaud; muy luego vendrán por vos para conducirnos á vuestro departamento. Hablad con vuestro camarada, y permaneced tranquilo si queis ser bien tratado. (*Sale por la verja derecha.*)
- LEDRU. No esperabas mi visita, es verdad?
- RENAUD. Ahora que estamos solos, nos vamos á ver las caras.
- LEDRU. Eh? Qué es eso?... Qué es lo que tienes?
- RENAUD. (*Adelantándose para cogerle por el cuello.*) Tengo... tengo.. que vamos á tener una explicacion.
- LEDRU. Déjame! Déjame! Te se ha pegado la mania, y quieres mi traje como los otros?
- RENAUD. Lo que quiero es darte una docena de mogicones.
- LEDRU. Ah! (*Gritando.*) Al loco! al loco!
- RENAUD. Sí, al loco, porque así lo has firmado, mal amigo!
- LEDRU. Y me parece que no he hecho ninguna tonteria.
- RENAUD. Pues vas á pagarme la firma.
- LEDRU. (*Salvándose.*) Espérate un poco... Te advierto que si estás furioso, llamo á gritos y te hago encerrar!
- RENAUD. Ah! Tiene razon; con la cólera no conseguiré nada.
- LEDRU. (*Desde lejos.*) Estás ya tranquilo?
- RENAUD. Sí... acércate... acércate sin miedo... y esplicame por qué te has atrevido á firmar que estoy loco.
- LEDRU. Qué quieres! Tus parientes firmaron, y me dijeron que hacia falta mi nombre... y lo puse.
- RENAUD. Pero tú sabes que no es verdad?

- LEDRU. Francamente: tu alboroto en Versailles no prueba muy buen sentido... Ir á atacar á una condesa!..
- RENAUD. Y si la reconocí, por qué habia de callar?
- LEDRU. (*Aparte.*) Ya le vuelve. (*Alto.*) Mira, tu marqués ó tu diablo te ha atontado la cabeza, y el orgullo te ha trastornado el cerebro... Esta es la verdad pura.
- RENAUD. Él tampoco quiere creerlo! Si estaré engañado efectivamente?
- LOQUER. (*Entrando dice á Renaud.*) Venid, que es la hora de que comais.
- LEDRU. Y no podré hacerle compañía?
- LOQUER. No hay inconveniente, puesto que lo autoriza el doctor... entrad con él.
- RENAUD. Y si alguno quiere verme?
- LOQUER. Se os avisará.
- RENAUD. (*Dándole una moneda.*) Tened, y no dejéis de avisarme. (*Aparte.*) Ella ha dicho que vendrá á verme!... Favorecedme, Dios mío!
- LEDRU. (*Aparte.*) Quiera el cielo que no le dé comiendo! (*El loquero los hace entrar en el pabellon de la izquierda.*)
- LOQUER. (*Solo.*) Qué lástima que por mujeres se haya vuelto loco... porque no parece un mal muchacho!... Digo!... Una pieza de cinco francos!... Pobre joven!... (*Se oye llamar.*) Ya empiezan las visitas... vamos á abrir.

ESCENA III.

EL LOQUERO. LA CONDESA DE EGMONT, bajo el traje de *Enriqueta.*

- CONDES. Este es mi permiso... Quiero ver al señor Renaud.
- LOQUER. No podeis verle hasta despues de la comida.
- CONDES. Os ruego que sea lo mas pronto posible.
- LOQUER. Así lo haré! (*Sale.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA.

Pobre Renaud!... Encerrado aquí... como esos locos!...
(*Suspira y se sienta.*) Y soy yo la que está loca verdaderamente! Desde ayer tengo una inquietud!... un remordimiento!... Qué noche!... No he dormido en toda ella!... Y no era solamente por mí por quien temblaba... era por él... por él que sufre mas que yo...! Qué cruel he sido! Muy cruel!... y es preciso salvarle!... Inútilmente ha gritado el orgullo: « Sé inflexible! Olvida un amor insensato!» El orgullo sucumbirá, porque su imagen está aquí siempre!... siempre!... (*Después de un momento de silencio dice con calma y firme resolución.*) Está resuelto!... Le salvaré!...

ESCENA V.

LA DUQUESA DE BRIONNE. LA CONDESA DE EGMONT.

DUQUES. (*Al hombre que la introduce.*) Aquí está. Dejados.

CONDES. Qué veo? Sois vos, amiga mía?

DUQUES. Debíais esperarme, porque aquí os amenazan grandes peligros. Me he apresurado á venir para arrancaros de este sitio.

CONDES. Cuando le haya visto!

DUQUES. Al instante!

CONDES. Oh no!

DUQUES. Quereis llegar al colmo de las imprudencias?

CONDES. Quiero reparar una parte de mis faltas.

DUQUES. Las agravareis si no me seguís.

CONDES. Cuánto ha debido sufrir!

DUQUES. Quién? Ese hombre que ha estado á punto de perderos? Después del espanto que os ha causado, después de tal peligro, es posible que os encuentre aquí

- bajo ese extraño disfraz? Y decíais que habíais comprendido vuestras faltas?
- CONDES. Si supiérais lo que ha pasado aquí ayer, veríais que empiezo á comprenderlas.
- DUQUES. Yo no podré jamás comprender cómo habeis tenido el mas ligero capricho por ese hombre! Un ente oscuro! un plebeyo! Es increíble!
- CONDES. (*Con ironía.*) Sí, teneis razon; un duque, un marqués, un príncipe de alma envilecida, de espíritu limitado, de corazón perverso, me hubiese hecho honor si mi vanidad le hubiera escogido; y sería pérdida, deshonrada, si supiesen que ha cautivado mi albedrío un hombre oscuro, por sus buenos y nobles sentimientos, por su corazón puro y generoso... Pero si á pesar de todo me hubiese inspirado sentimientos?...
- DUQUES. Qué oigo!
- CONDES. Esto os sorprende!... Mas si la impostura y la fatuidad no inspiran mas que gustos pervertidos, no sería posible que lo que es sencillo y natural hiciese nacer un afecto verdadero; y que lo que quiere llamarse un último capricho, fuese quizá una primera pasión?
- DUQUES. Vaya, estais loca! Pero como no os creo, á pesar de todo vengo á sacaros de aquí. El marqués de Tavannes os persigue, os espía, y quiere sorprenderos á toda costa.
- CONDES. El marqués!... Ah! este nombre me recuerda mi posición y la vanidad de mi rango! No, no se dirá que él ha de vencerme! un día, amiga mía, una hora solamente, y vuelvo á ser para siempre la condesa de Egmont.
- DUQUES. Y por qué molestaros tanto? Vuestro padre ha obtenido ya por temor, ya por seducción, un testimonio firmado por la familia de Renaud, que atestigua su locura, y sin duda le trasportarán á alguna casa lejana: olvidadle y que permanezca encerrado siempre!
- CONDES. Y que hasta su último día, las quejas de un hombre que no es culpable, hagan resonar los muros de una prisión!... y que yo sea la causa!... Oh! no!
- DUQUES. Pero este hombre puede perderos!
- CONDES. Yo quiero salvarle.
- DUQUES. Por qué comprometeros mas?
- CONDES. Y si llego á convencerle de que se ha engañado, de que la condesa de Egmont no es su Enriqueta? Entonces ya no hay peligros, y puedo volverle la libertad.

- DUQUES. Pero lo convencereis?
CONDES. Es preciso! Es el solo medio de asegurar mi reposo y mi libertad!
DUQUES. Si pudiérais conseguirlo!... Pero alguien se acerca...
CONDES. Alejaos!.. y si sois amiga mia, velad por mi seguridad.
DUQUES. Pobre condesa!...
CONDES. Aquí no hay condesa! Es Enriqueta, solo Enriqueta la que puede salvar á Renaud!... solo ella va á verle, á hablarle!... Engañémosle de nuevo; sepamos ocultar á la mujer del gran mundo, bajo la sencillez de la hija del pueblo... Va en ello el reposo de la condesa de Egmont
DUQUES. No lo olvideis! Ye os avisaré la llegada del marqués.
(*Sale por la izquierda.*)
CONDES. (*Sola.*) Cómo palpita mi corazón!.. Nunca estuve tan turbada!...

ESCENA VI.

LA CONDESA DE EGMONT. RENAUD.

- RENAUD. (*Saliendo del pabellon.*) Enriqueta! Es ella!
CONDES. (*Cambiando enteramente de tono, de gestos y de maneras.*) Sí, señor mio! Enriqueta, que está muy enfadada con su amigo! Vaya que tiene gracia! ir á Versailles sin mí, que nunca he visto la corte, y que ciertamente os hubiera hecho honor con mi vestido nuevo! Y lo peor de todo es que segun me han dicho, habeis hecho locuras incorregibles hasta el punto de hacer creer que habiais perdido el juicio!... Oh, mereciais una buena reprimenda.
RENAUD. (*Mientras que habla la mira de piés á cabeza y la escucha absorto.*) Enriqueta!... eres tú?... Señora! sois vos?
CONDES. (*Con calma y tono afectuoso.*) Qué tienes, amigo mio?
RENAUD. Ah! es mi Enriqueta... no es verdad? (*La mira y retrocede.*) Sin embargo... oh! señora, por piedad, no abuseis de la buena fé de un pobre jóven!
CONDES. (*Con tristeza.*) Renaud!...
RENAUD. Yo no sé dónde estoy: mis recuerdos, mis ideas se confunden... Oh! hablad!

- CONDES. Dios mío, qué ha sucedido! No reconoces ya á tu Enriqueta! Sería posible? Despues de este viaje fatal, permaneces insensible á mi lado! Desconocerme! Soy culpable acaso? Te han abandonado la razon y el amor?
- RENAUD. La razon sí, pero el amor está aquí!
- CONDES. (*Aproximándose con tono cariñoso.*) Entonces, no estás desesperado!
- RENAUD. (*A sí mismo.*) Esta mirada... este lenguaje... no, no puede ser una condesa.
- CONDES. Dime todo lo que ha pasado, yo te lo suplico!... Quizá daremos con la verdad. Algo te inquieta, ya lo veo; tú no estás conmigo como antes... Aseguran que has ofendido á una gran señora!
- RENAUD. Ofendido!... He creído que eras tú.
- CONDES. Yo! Tú pobre Enriqueta... Sabes bien que no soy mas que camarera; tú eres mas que yo, tú... dependiente de una casa de comercio; así estaba yo orgullosa con tu amor.
- RENAUD. Es verdad, tú me lo has dicho mas de una vez, y sin embargo... Pero, no... Oye, creo en efecto que ayer estaba loco, tú eres la que me dirigió el primer día una de tus dulces miradas; como ahora, tus hermosos ojos buscan los míos! Oh! es la que yo amo! Pero, por qué retiras tu mano?
- CONDES. (*Aparte. Dándosela.*) Si me resisto, no me creerá!
- RENAUD. Ahora que te miro bien, me parece que me engañaba en Versailles!
- CONDES. Todavía piensas en eso? (*Vá á sentarse en el banco de la derecha.*)
- RENAUD. Sí, porque al fin recuerdo cuando iba á verte; tú te sentabas á mi lado como yo ahora al tuyo; una palabra tuya me haría dichoso! Entonces me dabas á besar tu mano, y parece que ahora rehusas concederme tanto favor.
- CONDES. (*Aparte.*) Cederemos para evitar toda sospecha! (*Dándole á besar su mano.*)
- RENAUD. Ah! es mi Enriqueta! Era un insensato! Quién hubiera podido decidir á una gran señora á venir á buscarme á mí! Y para qué? Para burlarse? Pero hubiera sucedido lo contrario! Porque en fin... (*Se rie.*) No es verdad, Enriqueta? Nos hubiéramos divertido á su costa! Sería muy chistoso! Qué te parece?
- CONDES. (*Turbada.*) Sí, muy chistoso!
- RENAUD. El marqués de Tavannes me había reducido á creer... Picaro viejo!

CONDES. Para vengarse sin duda de alguna gran señora de quien tenía quejas!

RENAUD. Esto es!... y por eso me ha puesto delante y me ha sacrificado!... Fíaos en los grandes señores! el que me ofrecía su protección!

CONDES. Eso es inaudito!

RENAUD. Si supieras todo lo que me ha dicho de esa condesa de Egmont?

CONDES. (*Levantándose bruscamente.*) Cómo!

RENAUD. (*Levantándose también.*) Sí; pretende que ha tenido muchos amantes.

CONDES. Ah!

RENAUD. Como eres tan buena, no puedes creer una cosa semejante. Pues bien, imagina que me ha contado que un pobre joven como yo había escitado su coquetería; que ella se había divertido en hechizarle; que la adoraba, que no podía vivir sin ella; en fin, como yo contigo Enriqueta... y no sabía que era condesa... Había sin embargo diferencia! sus manos son blancas, perfiladas. (*Toca sus manos.*) Ah! pero las tuyas lo son también! Las mujeres de la corte no tienen esos colores frescos y brillantes! Calla! ahora lo veo! qué pálida estás Enriqueta! (*Retrocede asustado.*) Ah! Señora, Dios mío, si fuera verdad!

CONDES. Vas á volverte loco!

RENAUD. Oh! no, no! yo no sé qué idea! Veo... estoy temblando... he tenido miedo... pero ya se ha pasado!

CONDES. Pobre joven!

RENAUD. Ah! sí, de aquel de quien te hablo... Debe ser muy desgraciado, no es cierto? Pensar que estaba cerca de una señora joven y linda, que la veía sonreír... como yo á ti; que la estrechaba así contra su corazón, y que ella falsa y pértida, nada sentía! Que la mentira estaba en sus labios, el desprecio en su alma! y que se burlaba del porvenir de un pobre joven para distraer algunos momentos de sus días ociosos! Oh! esto es horrible!

CONDES. (*Conmovida.*) Pero eso no es verdad!

RENAUD. Y sin embargo, el marqués lo aseguraba... Y cuando yo he visto á esa señora tan semejante á tí... Déjame que te mire bien! — Sí, son los mismos ojos, la misma fisonomía, el mismo talle! — Es preciso perdonarme mis locuras! — Es tan prodijiosa la semejanza! — Cómo sospechar que el cielo ha creado dos mujeres tan parecidas en el rostro y tan distintas en el alma!

CONDES. Qué aprension !

RENAUD. En fin, el mismo sonido de voz... no... no... la tuya es dulce y tierna... el suyo áspero é ingrato.

CONDES. Conque ya no tienes dudas ?

RENAUD. Solo tengo amor.

CONDES. No me confundirás ya con esa gran señora ?

RENAUD. Oh ! no ! Tú eres mejor que ella... Ya no quiero acordarme de tal mujer !

CONDES. Y si la volvieses á ver !

RENAUD. Pensaría en ti, me acordaría de tus dulces palabras, de tu amor ; á ella ni la miraría siquiera.

CONDES. (*Aparte.*) Vamos ! ya no hay peligro. (*Alto.*) Renaud ! es preciso salir de esta casa hoy mismo !

RENAUD. Eso es lo que deseo.

CONDES. Esa orgullosa familia á quien has irritado, ha tomado precauciones para que nadie pueda llegar hasta tí ; el marqués de Tavannes se ha ligado con el duque de Richelieu.

RENAUD. Qué perfidia !

CONDES. Sé que quieren llevarte muy lejos... y entonces no podría verte.... Es preciso salir ; pero por la astucia... escaparte sin que nadie lo sepa.

RENAUD. Y cómo lo hemos de hacer ?

CONDES. Voy á buscar el medio ; y ya fuera de esta casa, marcharás á cualquier provincia ; durante algun tiempo cambiarás de nombre, lo he preparado todo ; una silla de posta te conducirá al Delinado ; allí encontrarás recursos para vivir cómodamente ; uno de mis parientes me ha prometido un destino para tí.

RENAUD. (*Asombrado.*) Un destino... una silla de posta... Enriqueta.... Una camarera puede disponer de todo esto.... Ah !... si no fuera ella !... (*Retrocede asustado.*)

CONDES. (*Riendo.*) Vamos... todavía dudas... tú no sabes lo que puede el amor ! Todo lo que poseo, y que debo á la generosidad de mi señora, lo doy con gusto para sacarte de aquí....

RENAUD. Escucha.... te acuerdas de lo que te dije en el Palacio Real ? Enriqueta.... tú serás mi mujer.

CONDES. Bien ; pero lo que mas urge ahora es tu fuga.

LOQUER. El señor marqués de Tavannes se acerca.

CONDES. (*Al loquero.*) Está bien ! detenedle un momento. (*Sale el loquero.*) (*A Renaud.*) El marqués viene enviado del duque de Richelieu : no quiero verle.

RENAUD. Y por qué no ?

CONDES. (*Vivamente.*) No comprendes ? Ese marqués de Tavan-

nes se ha reconciliado con esa condesa de Egmont; quiere separarnos; te llevarán y no podré salvarte! Vacilas aun?

RENAUD. No; me fio en tí, y te obedezco ciegamente.

CONDES. Ocúltame lo primero!

RENAUD. Entra aquí: encontrarás á Ledrú. (*Indica el pabellon.*)

CONDES. Ah! está bien! oigo al marqués; ten cuidado!

RENAUD. No temas nada.

CONDES. Llámame cuando se haya marchado. (*Entra en el pabellon.*)

ESCENA VII.

TAVANNES. RENAUD.

RENAUD. (*Solo.*) Tiene razon!... Es preciso vengarme!... salir de aquí con ella... Ah!... señor marqués de Tavannes, me haccis encerrar entre locos!...

TAVAN. (*Aparte entrando.*) Ella está aquí; estoy seguro de ello... tratemos de que no se escape... (*Alto á Renaud.*) Ya véis, mi pobre Renaud, que no te abandono.

RENAUD. Ya sé, señor marqués, lo mucho que pensais en mi; pero no seré mas vuestro juguete; reios de mi necesidad con vuestra condesa de Egmont, que yo tengo á mi Enriqueta para consolarme.

TAVAN. Ah! has vuelto á ver á Enriqueta?

RENAUD. Esperais engañarme nuevamente?

TAVAN. Nada de eso! Comienzo á creer que hemos cometido todos un grande error, y no quiero mas que asegurarme....

RENAUD. (*Aparte.*) Volvemos á lo mismo!

TAVAN. Solo deseo ver á esa jóven cuya figura ha causado tanto escándalo; y cuando esté cierto de mi error, todo se arreglará.

RENAUD. (*Aparte.*) Son capaces de encerrarla tambien.

TAVAN. Supongo que no te opondrás?...

RENAUD. De ningun modo! Quereis saber por donde ha ido? Pues bien, señor marqués; ha entrado por allí! (*Indica la verja de los locos á la derecha.*)

TAVAN. Por allí?

RENAUD. Si quereis verla, podeis pasar.

TAVAN. (*Aparte.*) Ah! señora condesa, esta vez estais en mi poder.

RENAUD. Vereis cómo es mas linda que vuestra gran señora.

TAVAN. No lo dudo. Hasta despues, Renaud.
RENAUD. Hasta despues, señor marqués!... Que os divirtáis!
(*Tavannes entra por la verja: Renaud retira la llave.*)
Ahora. . . estamos en paz! (*Llama por la puerta del pabellón.*) Enriqueta! Enriqueta! Ledrú!

ESCENA VIII.

RENAUD. LA CONDESA. LEDRÚ.

CONDES. Partió? Qué es lo que has hecho?
RENAUD. Le he enviado á buscarte por allí!
LEDRU. Con los locos?... Famoso golpe!
RENAUD. Así me vengo de él.
CONDES. Bien hecho!
LEDRU. Pues si le desnudan como querian desnudarme á mí...
CONDES. Pero no puede tardar en volver... el tiempo urje y es preciso salir de aquí. Vos, Ledrú, sois el amigo de Renaud y podeis facilitar su fuga.
LEDRU. Yo?... Qué es lo que estais diciendo?
CONDES. Cambiáis de traje con él...
LEDRU. Mi traje?... Hombre, todo el mundo quiere hoy mi traje!
CONDES. Así que conozcan la burla, se os pone en libertad.
LEDRU. O me guardan aquí bajo llave hasta que den con él... No me acomoda la proposicion.
CONDES. Ah!... Conque tendreis tan mal corazon...
LEDRU. Sí señora.
CONDES. Tan duro?...
LEDRU. De piedra berroqueña.
CONDES. Y qué partido tomaremos?
LEDRU. Cualquiera... en no contando conmigo.

ESCENA IX.

LA DUQUESA DE BRIONNE *entra precedida del LOQUERO.* RENAUD.
LA CONDESA DE EGMONT. LEDRÚ. *Despues LOS LOCOS.*

LOQUER. (*Saliendo.*) Una señora desea hablar al señor Renaud.
RENAUD. (*Examinando á la duquesa.*) Aquí una alta señora...

- Qué me queréis? (*Mira con inquietud y asombro á Enriqueta y á la duquesa.*)
- DUQUES. Os he visto en Versailles y tengo mucho interes por vos; por eso vengo á advertiros que acaban de traer la órden de llevaros á otra parte.
- RENAUD. (*Con incertidumbre.*) Enriqueta...
- CONDES. (*Pasando entre Renaud y la Condesa.*) Señora, no tenia el gusto de conoceros, pero os doy mil gracias por vuestra proteccion... Es preciso que le salvemos.
- DUQUES. No deseo otra cosa... y podeis contar con mi carruaje si logramos sacarle de este sitio.
- RENAUD. (*Aparte.*) Conque... no se conocian!...
- CONDES. Pero qué medios empleamos?... Ah! qué ruido es ese? (*En este momento aparecen detrás de la verja los locos haciendo toda clase de contorsiones; traen el traje y el sombrero de Tavannes.*)
- LOCO 1.º Quién compra un vestido!
- LOCO 2.º Ünos galones viejos!...
- LOCOS. Vestidos, vestidos para vender!
- LEDRU. Qué lance!... Han desnudado al marqués.
- CONDES. Buena idea!... Los locos vienen en nuestra ayuda. (*Se acercan á la verja.*) Amigos míos, cuánto queréis por todo eso?
- LOCO 3.º Seis libras!... Trajes! trajes!... galones viejos!!
- CONDES. (*Dándoles el dinero.*) Tomad! tomad!
- DUQUES. Qué haceis?
- CONDES. Nos hemos salvado!
- LOCO 1.º (*Tomando el dinero.*) Bravo! bravo!... ahí vá el traje!... Ahí vá el sombrero... Queréis la camisa?... Ahora á comprar tabaco!... Bravo, bravo!
- LOCOS. Bravo! bravo! Bravo! (*Los locos se alejan danzando y saltando; por encima de la verja han tirado el traje y el sombrero de Tavannes.*)
- CONDES. Poneos al momento la casaca y el sombrero!
- RENAUD. (*Poniéndose la casaca.*) Ya estoy hecho un marqués!
- LEDRU. Viva el marqués postizo! Ajajá!
- DUQUES. No es malo el quid pro quo!
- CONDES. Dame el brazo, Ledrú, y tú, Renaud, la mano á esta señora!
- DUQUES. Soberbia mascarada!
- CONDES. Partamos! (*Ledrú, que ha ayudado á vestirse á Renaud, ha echado el traje que este se ha quitado en el pabellon.*)
- LOQUER. (*Entrando.*) Dónde está el loco Renaud? (*Renaud se*

oculta todo lo mas posible detras de la duquesa de Brionne.)

CONDES. *(Aparte.)* Dios mio! Qué contratiempo!

LOQUER. Tengo que llevarle á otra parte fuera de aquí.

CONDES. *(Señalando al pabellon.)* Está ahí dentro. Abridnos pronto! *(A Renaud.)* Pasad, señor marqués, pasad! *(En el momento en que el loquero abre la puerta de entrada, se oyen estrepitosos gritos detrás de la verja de la derecha. Tavannes, en mangas de camisa y en el mayor desórden, aparece perseguido por un peloton de locos.)*

ESCENA ULTIMA.

Dichos. TAVANNES. LOS LOCOS. *Ultimamente* EL MÉDICO.
EL LOQUERO.

CONDES. Qué ruido es ese?... Ah! Abridnos! Abridnos!

TAVAN. *(Detrás de la verja.)* Deteneos! Deteneos!... Yo soy el marqués de Tavannes!

CONDES. *(Al loquero.)* Guardad bien á ese loco...

TAVAN. *(Atormentado por los locos.)* Que me ahogan!... Que me matan!... Abridme!... *(Renaud, la duquesa y Ledrú salen.)*

LEDRU. Librese el que pueda!

CONDES. *(Siguiéndoles.)* Se ha salvado! *(Sale. En el momento en que el loquero acompaña hasta fuera á los que se han ido, Tavannes ha logrado abrir la verja y llega al primer término perseguido por los locos que se apoderan de él y le ponen sobre el banco; allí puesto, le colocan una corona y hacen con él toda clase de contorsiones.)*

TAVAN. Por piedad!... Que soy el marqués de Tavannes!

LOCOS. Hagámosle nuestro rey!...

TAVAN. Que me matan! Socorro! Socorro!

LOCOS. Valor!... Viva nuestro rey!

TAVAN. No hay quien tenga piedad de mí?

LOCOS. Viva el rey de los locos!! *(Le pasean en triunfo: lleva el médico con el loquero y libran al marqués. Los locos salen huyendo para escapar del látigo: en el*

mismo momento se vé pasar por el fondo á Renaud, la condesa de Egmont, la duquesa de Brionne y Ledru.)

LOQUER. Fuera de aquí! Fuera de aquí!

RENAUD. *(Desde el fondo saludando al marqués.)* Señor marqués, estamos pagados!

TAVAN. Ah! Ella le salva!

LEDRU. Señor marqués... buen provecho!...

TAVAN. Infames!!—

CONDES. }

DUQUES. } Já! já! já!

RENAUD. }

TAVAN. Me he lucido!

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 11 de Diciembre de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Juan Valero y Soto.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849.*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art. 13.*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El maximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de 1849.*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art 60.*

«Los empresarios ó fornecedores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 81.*

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el texto sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 82.*

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlás.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de 1847, art. 17.*

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni exceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art. 23.*

*Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO
COMERCIAL, estrenadas últimamente en los Teatros de esta Corte, y
con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Últimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS:

La condesa de Egmont.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Volantad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.

A quien Dios no le dá hijos....
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tío?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitán.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.

El Tío Zaratán.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Perances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdidó.
De costa le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofetón... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS
A GRANDE ORQUESTA.

Tribulaciones!!!
El Sacristan de San Lorenzo.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegiales y Soldados.
Tramoya.
Gloria y Peluca.
Palo de ciego.
Misterios de bastidores.
La venganza de Alfonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del Canal.
El Alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende.

OBRAS.

Aveilla. Diccionario de la Legislacion Mercantil de España.
Aveilla. Legislacion Militar de España.
Corzo. Aplicacion práctica del Código Penal.
Corzo. Código penal reformado. Ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid: en las librerías de Cuesta, calle Mayor; Mo-
nier, Carrera de San Gerónimo, y Rios, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra.	D. Francisco Barranco Medina.	Logroño.	D. Giriaco Verdejo.
Albacete.	Nicolas Herrero y Pedron.	Loja.	Juan Cano.
Alcalá.	Felix Moreno.	Lorca.	Francisco Delgado.
Alcoy.	José Martí y Roig.	Lugo.	Manuel Pujol y Masía.
Algeciras.	Manuel Cantilló.	Málaga.	Francisco de Moya.
Alicante.	Pedro Ibarra.	Manila.	Felipe La-Corte.
Almaden.	Felix Quiroga.	Manresa.	Manuel Sala.
Almería.	Sres. Vergara y compañía.	Manzanares.	Dimas Lopez
Andojar.	Domingo Caracuel.	Motril.	José Joaquin Batlle.
Antequera.	Joaquin Maria Casaus.	Murcia.	Antonio Molina.
Aranjuez.	Gabriel Sainz.	Orense.	Manuel Gomez Novoa.
Avila.	Julian Corrales.	Oviedo.	Rafael C. Fernandez.
Avilés.	Ignacio Garcia.	Palencia.	Gerónimo Camazon.
Badajoz.	Sra. Viuda de Carrillo.	Palma.	Juan Guasp.
Baena.	Sres. Fdez. y Larramendi.	Pamplona.	Ignacio Garcia.
Baeza.	Manuel Alambra.	Plasencia.	Isidro Pis.
Barcelona.	Juan Oliveres.	Pontevedra.	Juan Vereá y Varela.
Idem.	José Piferrer y Depaus.	Priego.	Gerónimo Caracuel.
Bejar.	Vicente Alvarez.	P. Sta. Maria.	José Valderrama.
Benavente.	Pedro Fidalgo Blanco.	Requena.	
Berja.	Sres. Delmas é Hijo.	Reus.	Juan Bautista Vidal.
Bilbao.	Sergio Villanueva.	Rivadeo.	Marcos Fernandez Lopez.
Burgos.	José Valiente.	Ronda.	Moreti y Gutierrez.
Cáceres.	Severiano Moraleda.	Salamanca.	Telesforo Oliva.
Cádiz.	Bernardino Azeitia.	S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
Calatayud.	José Maria Moreno.	San Lucar.	José Maria Espoz.
Carmona.	Vicente Benedicto.	Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
Cartagena.	Remigio Moles.	S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Castellon.	Joaquin Gasset.	Santander.	Clemente Maria Riesgo.
Cervera.	Manuel Alvarez Sibello.	Santiago.	Sres. Sanchez y Rua.
Chiclana.	Antonio Mexía.	Segovia.	Eugenio Alejandro.
Ciudad-Real.	Salomé Perez.	Sevilla.	Cárlosategosa.
Cdad-Rodrig.	Juan Manté.	Idem.	Juan Antonio Fé.
Córdoba.	Juan José Siscká.	Soria.	Francisco Perez Rioja.
Coruña.	Pedro Mariana.	Talavera.	Angel Sanchez de Castro.
Cuenca.	Ciriaco Jimenez.	Tarragona.	Antonio Puigrubi y Canalé.
Écija.	Jaime Bosch.	Ternel.	Vicente Castillo.
Figueras.	Narcisa Grasses.	Toledo.	José Hernandez.
Gerona.	Vicente de Escurdia.	Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Gijon.	José Maria Zamora.	T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Granada.	Fermín Sanchez.	Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Guadalajara.	Sres. Garcia y Muñoz.	Valencia.	Francisco Mateu y Garin.
Guardamar.	Charlain y Fernandez.	Idem.	Francisco de P. Navarro.
Habana.	Franc. de Galvez Palacios.	Valladolid.	José M. Lezcano y Roldan.
Huelva.	Bartolome Martinez.	Valls.	Velez Málaga
Huesca.	Joaquin Jover y Serra.	Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Igualada.	José Sagrista.	Vich.	Ramon Tolosa.
Jau.	José Bueno.	Vitoria.	Bernardino Robles.
J. la Frontra.	Manuel Gonzalez Redondo.	Ubeda.	Francisco de P. Torrente.
Leon.	Camilo Boix.	Zamora.	Manuel Conde.
Lérida.		Zaragoza.	Pascual Poto.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en
calle de Fuencarral, casa Astrarena.